

BOLSIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

frente al terror

adam surray



FRENTE AL TERROR

SS Nº 1169

Autor: Adam Surray

ISBN: 9788402416582

Generado con: QualityEbook v0.78

CAPÍTULO PRIMERO

CLIFF DUGAN entornó los ojos.

Siguió con la mirada el ondulante movimiento de caderas de la azafata. Una escultural morena de rostro sensual y prominentes curvas. La mujer se introdujo en la sala de mandos para reaparecer a los pocos minutos. Vista de frente era aún más excitante. Senos erectos, cintura de odalisca, torneadas caderas y piernas de bronceados muslos. Recorrió el pasillo del avión rozando el brazo derecho de Dugan.

Una voz femenina ordenó por el altavoz utilizar los cinturones de seguridad. Dentro de breves minutos tomarían tierra en el Aeropuerto Nacional de Washington.

Cliff Dugan succionó repetidamente el largo cigarrillo «Pall Mall» antes de que en el letrero luminoso se iluminara la prohibición de «no smoking».

Consultó la esfera de su reloj.

Nueva York-Washington. Una hora de vuelo. Viaje perfecto. Pasaje de primera. Gastos pagados.

Pero Cliff Dugan no se encontraba satisfecho. Sospechaba que sus diez días de permiso se habían ido al diablo.

Sí.

Estaba seguro.

La orden de su superior en Nueva York había sido seca y terminante. Desplazarse a Washington y esperar en el aeropuerto nuevas instrucciones. Ninguna otra indicación. Ningún otro dato.

Dugan no se sorprendió.

Estaba acostumbrado.

¿Qué le esperaba en Washington? Tampoco le importaba. Se limitaba a obedecer. A cumplir órdenes. A servir con todas sus fuerzas al FBI.

Cliff Dugan contaba treinta años de edad. A los veinticinco ingresó en el Federal Bureau of Investigation. Su carrera dentro del máximo organismo mundial contra el crimen fue meteórica. Plagada de éxitos. Actualmente prestaba sus servicios en la metrópoli de Nueva York.

Dugan semejaba a los G-men de las películas de los años treinta. Alto, rostro atractivo y varonil delatando gran energía y firmeza de carácter. Pelo negro, cejas bien curvadas, ojos grises e inexpressivos, nariz perfilada y labios de fino trazo. Su vestimenta no parecía corresponder a la de un agente del FBI. Chaqueta sport azul piloto, jersey granate de cuello cisne y pantalón claro. En la funda sobaquera un «Smith & Wesson» calibre treinta y ocho.

Cliff Dugan era el único pasajero del avión que viajaba con arma de fuego. No por negligencia de los empleados de la compañía. En el aeropuerto Kennedy de Nueva York todos los pasajeros eran sometidos a riguroso control. Desde el elegante magnetómetro que detectaba cualquier objeto metálico al molesto e insultante registro manual de los detectives. Todas las precauciones eran pocas. La Panam y la TWA ostentaban escalofriantes récords de secuestros aéreos.

Pero Dugan viajaba con su inseparable «Smith & Wesson».

El avión inició la maniobra de aterrizaje.

Washington...

El Capitolio, Institución Smithsonian, teatro Ford y museo de Lincoln, Potomac, Mont Vernon...

Todo aquello era conocido para el agente especial Cliff Dugan. En la primavera de 1969 realizó una importante misión en Washington. La ciudad no encerraba secretos para él. Tampoco le gustaba. Demasiado engreída con sus amplias y coquetonas avenidas repletas de árboles...

No.

Dugan prefería la nauseabunda Nueva York. Eran ya muchos años habitando en el estercolero de Manhattan y le había tomado cariño. Sin embargo, regresaba a Washington a cumplir una misión aún desconocida.

Tres años de ausencia.

Nuevamente en primavera.

En los últimos días de abril de 1972.

Cliff Dugan esbozó una sonrisa. Regresaba a Washington en primavera. Los cerezos del Japón que plagaban la ciudad ya habían florecido dando una maravillosa acogida a los visitantes.

Para los hombres como Dugan aquél era un detalle sin importancia. Los majestuosos cerezos no serían apreciados en toda su belleza. Los hombres como Dugan eran insensibles.

Los pasajeros del avión ya habían iniciado el descenso.

Cliff Dugan se incorporó lentamente del asiento. Sin prisa. Fue uno de los últimos en abandonar el aparato, no sin antes lanzar una postrera y admirativa mirada a las caderas de la azafata.

Las operaciones aduaneras resultaron casi inexistentes. Aceleradas por la circunstancia de viajar sin equipaje. Tan sólo un ligero portafolios en la mano derecha de Dugan.

Este se encaminó hacia la salida.

Sus grises ojos trazaron un lento semicírculo. Esperando. Encendió un cigarrillo. El «Pall Mall» estaba ya a medio consumir cuando vio aproximarse al individuo.

Le reconoció.

Howard Parsons, alto funcionario del Federal Bureau of Investigation. Destinado en el Departamento de Justicia. A las órdenes directas de John Edgar Hoover. Que tan importante miembro del Bureau acudiera a recibirle hizo parpadear a Dugan.

—Hola, Dugan. ¿Ha tenido un buen viaje?

—Perfecto, señor.

—¿Dónde está su equipaje?

—¿Equipaje? Sólo viaje con mi cepillo de dientes. En Nueva York me comunicaron que la estancia en Washington sería corta. Un día como máximo.

Howard Parsons frisaba en los cincuenta años. Rostro de angulosas pero enérgicas facciones. Empequeñeció los ojos dirigiendo a Dugan una inquisitiva mirada. Arrugó instintivamente la nariz ante la vestimenta del agente. Sin duda más apropiada para un profesional del basketball.

—¿Su SAC (1) de Nueva York no le informó del motivo de su

visita a Washington, Dugan?

(1) Agente Especial Encargado.

—No, señor. Me disponía a emprender mis diez días de permiso cuando recibí el boleto de avión y la orden de desplazarme a Washington. Sólo eso.

—Bien, Dugan. Sígame. Tengo el coche en el parking.

El coche resultó ser un «Buick GS» de discreto color.

Los dos hombres se acomodaron en el asiento delantero. Parsons maniobró en el volante abandonando el aparcamiento.

El trayecto fue corto.

El Aeropuerto Nacional, al sur de Washington, distaba tan sólo siete kilómetros de la ciudad. El «Buick» los recorrió pausadamente.

Los ocupantes del vehículo iban en silencio.

Cliff Dugan, lógicamente, tenía curiosidad por conocer su misión en Washington; pero no formuló pregunta alguna. Norma principal de un buen agente del FBI era respetar el silencio de sus superiores.

Y Howard Parsons permanecía mudo.

Tan sólo cuando el coche se adentró por las populosas calles de Washington, Parsons inició una banal conversación.

—¿Cómo siguen las cosas por Nueva York, Dugan?

—Normalidad.

—¿De veras?

Cliff Dugan creyó descubrir una leve ironía en su interlocutor.

Por primera vez sintió un feo presentimiento que se acentuó al divisar el edificio del Departamento de Justicia, sede del Federal Bureau of Investigation. Dugan había sido amenazado en varias ocasiones por su SAC con un traslado disciplinario. ¿Motivo? Prolongar en demasía su vida nocturna.

Un traslado disciplinario a cualquier villorrio de Oklahoma, Kansas... o Alaska.

Cliff Dugan respiró profundamente cuando el «Buick» se alejó del Departamento de Justicia avanzando paralelo a la Pennsylvania Avenue para luego enfilar hacia las inmediaciones del Judiciary Square.

Howard Parsons continuaba haciendo gala de un mutismo poco tranquilizador. Detuvo el coche en el parking destinado al hotel

Salun.

—Bien, Dugan. Tiene plaza reservada en el hotel.

—¿A mi nombre?

Parsons sonrió.

—Por supuesto. No está en misión secreta. Mañana a las nueve pasaré a recogerle.

Dugan abrió la portezuela.

Sin abandonar el auto, inquirió:

—¿Alguna otra cosa, señor?

Howard Parsons entornó los ojos. Nuevamente su mirada se hizo penetrante al contemplar a Dugan.

—Los almacenes permanecen abiertos hasta las seis de la tarde, Dugan. Tiene tiempo suficiente para comprar ropa adecuada.

Los grises ojos de Dugan adquirieron un fuerte brillo.

Muy fugaz.

—¿Adecuada? ¿Para qué?

—Mañana a las diez tiene una cita —dijo Parsons con voz carente de inflexión—. Le espera Mister FBI. Sí, Dugan. Va a ser recibido por el propio John Edgar Hoover.

Año 1924.

Día 14 de mayo.

Harlan Friske Stone, fiscal general del Tribunal Supremo, designa a J. Edgar Hoover como máximo director del FBI. Hoover contaba veintinueve años de edad.

CAPÍTULO II

CLIFF DUGAN se consideraba un veterano.

Sus cinco años al servicio del FBI, sin ser tiempo excesivo, estuvieron ocupados en peligrosas misiones que siempre fueron acompañadas por el éxito. Dugan era astuto, inteligente, audaz... y algo falto de escrúpulos. Las advertencias de sus superiores no minaron su carácter rebelde. La severa disciplina del Federal Bureau of Investigation parecía olvidar los métodos de su agente Dugan en beneficio a sus resonantes triunfos alcanzados.

Ahora...

Cliff Dugan, valeroso agente del FBI, tenía miedo.

No era un miedo físico. Su temor era verse apartado del Bureau. Sufrir un traslado disciplinario... o ser expulsado.

Entrevista personal con Hoover.

Con John Edgar Hoover, «el sheriff número uno de los Estados Unidos».

Dugan se aplicó el gollete de la botella a los labios. El líquido, whisky escocés de primera calidad, pareció reanimarle. Encendió un cigarrillo. Tumbado sobre el lecho, con las manos bajo la nuca y la mirada fija en el techo de la habitación del hotel.

John Edgar Hoover...

Cliff Dugan rememoró su período de adiestramiento, sus prácticas en la academia de Quantico, su presentación oficial ante Hoover junto con los demás nuevos agentes... No había olvidado la impresión que le causó la firme y dura mirada de Hoover. Le había vuelto a ver en dos ocasiones más, durante los cursillos de refresco obligatorios a todos los agentes, pero sin intercambiar palabra

alguna.

El pensar que mañana iba a tener una entrevista con Hoover le producía un leve escalofrío de temor no justificado. También de sorpresa. ¿Por qué una entrevista personal? ¿Qué motivos impulsaban a John Edgar Hoover? Un traslado disciplinario o amonestación eran comunicados por escrito y por el correspondiente agente especial encargado. Hoover no se molestaba en aquellas pequeñeces.

Sin embargo, Cliff Dugan se encontraba en Washington.

Esperando su cita con Hoover.

Se incorporó del lecho aplastando el cigarrillo en el cenicero depositado sobre la mesa de noche. Dirigió una mirada hacia uno de los sillones que adornaban la habitación. Los grises ojos de Dugan no ocultaron un brillo burlón.

Allí estaba su nueva ropa.

Elegante traje de discreto tono, camisa blanca, severa corbata, zapatos negros y calcetines del mismo color. Detalles de vital importancia para una cita con Mister FBI.

Consultó la esfera del reloj.

De buen grado se hubiera ido a cenar al Blackbeards, Blues Alley, Cellar Door... o cualquier otro club nocturno; pero no era prudente hacerlo en Washington. El Departamento de Justicia estaba muy próximo.

De nuevo se dejó caer sobre la cama. Durante unos minutos se dedicó a contemplar superficialmente los titulares del Washington Post. Creyó que el sueño no acudiría, pero una hora más tarde dormía plácidamente. No obstante despertó en varias ocasiones hasta que la incipiente claridad del día penetró tímidamente en la habitación.

Rápida ducha, concienzudo afeitado y...

Cliff Dugan se contempló en el espejo sin poder evitar un gesto de fastidio. No le gustaba el traje. Parecía un agente de seguros. Malhumorado abandonó la habitación descendiendo en uno de los elevadores. El conserje de la sala de recepción le preguntó si prolongaba su estancia en el hotel.

Dugan no supo responder.

No tenía contestación.

Ignoraba los motivos de su desplazamiento a Washington, el tiempo de permanencia en la ciudad, el tema de su sorprendente entrevista con Hoover... No era la primera vez que caminaba entre tinieblas, pero lo de ahora sí le afectaba.

Faltaban treinta minutos para las nueve. Los empleó en el salón del hotel consumiendo un café con leche y tostadas. Retomó a la sala de recepción acomodándose en uno de los sillones. Solicitó la Prensa matutina de Nueva York eligiendo un ejemplar del Daily News.

La entrada de Howard Parsons le sorprendió encendiendo el cuarto cigarrillo.

—Buenos días, Dugan. ¿Qué tal ha descansado?

—Muy bien, señor.

—¿Sí? Me parece verle algo nervioso.

Cliff Dugan maldijo interiormente la suspicacia del funcionario del Gobierno. Forzó una sonrisa sin responder al irónico comentario. Frente a la entrada del hotel el «Buick» se encontraba estacionado en doble fila.

Se acomodaron en el interior.

Howard Parsons enfiló hacia la Pennsylvania Avenue. Hacia el magnífico edificio del Departamento de Justicia.

Un trayecto corto.

Endiabladamente corto.

El pulso de Cliff Dugan se aceleró al penetrar en el edificio sede del Federal Bureau of Investigation. Howard Parsons continuaba con el irritante mutismo del día anterior. Sin proporcionarle información alguna sobre la proyectada entrevista con Hoover.

Primer piso.

Segundo.

Tercero...

Quinto piso del Departamento de Justicia. Destinado al Federal Bureau of Investigation. La mansión del hombre más temido de Estados Unidos. Allí reinaba el gran G-men.

Dugan quedó en un despacho contiguo al de Hoover.

Solo.

Fumando cigarrillo tras cigarrillo.

A las diez en punto, hora de la cita, un individuo le abrió la

puerta del despacho personal de John Edgar Hoover.

* * *

El despacho era amplio. Alfombrado en un tono rojo granate. Desde la puerta de entrada a la mesa de Hoover había una distancia de treinta y dos pies.

Un largo trayecto.

Interminable.

Cliff Dugan lo recorrió con las mandíbulas fuertemente apretadas. Dominando sus nervios. Se detuvo a poca distancia de la mesa tras la cual se hallaba sentado Hoover. Este se incorporó ofreciendo su diestra.

Un fuerte apretón de manos.

Recio.

Los labios de Hoover dibujaron una leve sonrisa. Dugan había correspondido con energía al saludo. Con firmeza. Aquello era del agrado de Mister FBI. No le gustaban las manos flácidas y sudorosas.

—Siéntese, Dugan.

—Gracias, señor.

Cliff Dugan esperó a que su superior se acomodara en el sillón para hacerlo él. Tras la mesa del despacho se divisaban dos soportes de bronce que culminaban con unas águilas del mismo metal y sendas banderas americanas. Aquél era el trono del rey del FBI.

Edgar Hoover consultó unos papeles depositados sobre la mesa. Dugan aprovechó para dirigirle una penetrante mirada.

Rostro redondo, cejas semipobladas, ojos expresivos aunque de fría mirada, nariz ancha, boca de firme trazo... Las entrelazadas arrugas de su rostro denotaban una energía que permanecía latente pese a sus setenta y siete años de edad. Una fuerza que no parecía haber decaído en sus cuarenta y ocho años de servicio como director del Federal Bureau of Investigation.

—Tengo miles de agentes a mis órdenes, Dugan; sin embargo, su ficha puedo recitarla de memoria. Estoy orgulloso de que pertenezca al FBI. He seguido con interés y satisfacción su ascendente carrera. Todo triunfos, Dugan. Le felicito.

Cliff Dugan no esperaba aquello.

Tragó saliva con dificultad.

—Gracias, señor. La suerte me ha acompañado.

—Celebro que el éxito no enturbie su cerebro. También sé que tiene algunos pequeños vicios. Esos vicios le convierten en el hombre ideal. Sí, Dugan. Un hombre perfecto no sería útil al FBI. De existir la perfección resultaría insoportable. Su última misión, el secuestro de Rowan, le ha proporcionado un merecido descanso de diez días, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—No va a poder disfrutarlos, Dugan. Tengo una misión especial para usted. Un trabajo de vital importancia que no puede ser solucionado en equipo, sino por un solo hombre. Un hombre inteligente y audaz. Le he designado a usted.

—Espero no defraudarle, señor.

—¿Acepta de antemano la misión?

—Por supuesto, señor.

Edgar Hoover volvió a sonreír.

—Le supongo enterado de los últimos actos terroristas acontecidos en el país. Sabotajes a edificios del Gobierno, secuestro y voladura de aviones, asesinatos en cadena... Todo es obra de una misteriosa organización. El secuestrar un avión es buen método para agenciarse un puñado de dólares. El secuestrador salta del avión en paracaídas con el botín y, tarde o temprano, es capturado. Otros secuestros corresponden a los *fedayin*. Los palestinos del «Setiembre Negro», al igual que otras organizaciones políticas, son recalcitrantes. Está de moda el secuestrar aviones. Sólo nos importa cuando el aparato es americano. En los últimos dos meses, cuatro aviones comerciales USA han sido volados por desconocidos. Tres «Jumbo 727» y un «Boeing 707». Los hechos ocurrieron en los aeropuertos de San Francisco y Los Ángeles. Afortunadamente los aparatos estaban en pista y sin pasajeros. Una organización que se autodenomina «Vietnam Rojo» se hizo responsable de los actos en nota enviada a toda la Prensa. Sé que las compañías aéreas pagaron los cuatro millones de dólares exigidos por la misteriosa organización a cambio de información sobre el lugar donde habían sido depositadas las bombas. Un chantaje muy frecuente en la actualidad. «Vietnam Rojo» se embolsó los cuatro millones y, faltando a su promesa, hizo volar los aviones.

—Se rumorea que «Vietnam Rojo» es un poderoso complot político para impedir que el presidente Nixon sea reelegido.

El rostro de Hoover permaneció impasible.

Sin denotar emoción alguna.

—Es posible. La actual escalada en Vietnam no ha despertado muchas simpatías; pero creo que los planes de esa organización son más extensos y ambiciosos. «Vietnam Rojo» es un grupo que, haciéndose pasar por defensora de la no intervención USA en el Oriente, se lucra con chantajes, actos terroristas, atracos a entidades federales... Incluso la Mafia teme a esa nacida organización llamada «Vietnam Rojo». Sus tentáculos abarcan múltiples facetas del crimen. Últimamente hemos descubierto un alijo de drogas por valor de cientos de millones. Drogas controladas por «Vietnam Rojo».

—Nunca hemos dado demasiado crédito a esa organización, señor. Muchos delincuentes habituales cometen fechorías que luego son atribuidas a «Vietnam Rojo» por la Prensa sensacionalista. Incluso se ha llegado a dudar de la existencia de dicha organización.

—Sí existe, Dugan. Y su poder aumenta día a día. Junto a productivos atracos sabotea instalaciones del Gobierno que ningún beneficio les proporciona. ¿Por qué? Eso es lo que me preocupa, Dugan. «Vietnam Rojo» lanza muchos de sus ataques contra el Gobierno sin esperar beneficio. Sólo como represalia a la intervención USA en Vietnam. ¿Quién dirige la organización? ¿Un idealista? ¿Un loco? Temo más a un loco que al más peligroso de los asesinos.

John Edgar Hoover hizo una breve pausa reclinándose en el sillón. Sus astutos ojos adquirieron fuerte brillo.

—Sabotajes, asaltos a mano armada, asesinatos de importantes políticos y militares, chantajes aéreos, drogas... En una de las notas enviadas a la Prensa por el «Vietnam Rojo» daba a conocer sus propósitos: destruir el poder de Estados Unidos. Sí, Dugan. Nos enfrentamos a un temible loco. Las investigaciones llevadas hasta el momento por nuestros agentes no han logrado nada positivo. Únicamente el descubrir que la organización «Vietnam Rojo» tiene su sede en California. Concretamente en la ciudad de San Francisco. Hemos llegado a la conclusión que desde allí parten

todos los ataques.

Cliff Dugan escuchaba en silencio. Sin interrumpir a su superior pese a tener a flor de labios varias preguntas. Hoover pareció leer los pensamientos de su agente.

—Supongo desea formular alguna pregunta. También sospecho que considera exagerado mi temor hacia esa organización. Es peligrosa, Dugan. El país ignora gran parte de las fechorías cometidas por «Vietnam Rojo». Sólo los hechos resonantes, la mayoría actos terroristas, son dados a conocer a la Prensa por la propia organización.

—No dudo de su palabra, señor.

—Cierto que algunos hampones habituales cometen actos delictivos haciendo recaer las culpas sobre «Vietnam Rojo». Pero la organización existe. Las pruebas están en los aviones destruidos, en el provocado incendio de la Wyatt Oil, en el asesinato del comandante Dereks... Nuestros hombres en California parecen estrellarse contra un muro inexpugnable. Nada hemos conseguido. Creo que el ruido de nuestras pisadas espanta la liebre. Cazadores, Metropolitan Police y FBI, se importunan mutuamente. Lo único logrado hasta el momento es la muerte de un miembro de «Vietnam Rojo». Murió antes de que pudiéramos someterle a interrogatorio. Se disponía a colocar una bomba en el coche del senador Blooker. Tiene diez días de permiso, ¿no es cierto, Dugan?

—Sí, señor.

—Los va a... disfrutar en San Francisco combatiendo contra «Vietnam Rojo». Esa es su misión, Dugan. Un hombre solo, si es de su inteligencia y valor, puede desenmascarar a esa organización del crimen. Estará, por supuesto, respaldado por el FBI. Si descubre algo de importancia lo comunica al SAC de San Francisco. Quiero que actúe con libertad. Sin estar sometido a disciplina alguna. Se comunicará con el SAC en caso de necesitar ayuda o para dar el golpe final a «Vietnam Rojo»; pero antes es preciso conocer la guarida. Saber dónde se esconden las ratas. Mientras tanto actuará sin depender del departamento de San Francisco. Como en mis viejos tiempos, Dugan —Edgar Hoover entornó los ojos. Sus duras facciones se suavizaron por la nostalgia. Eran muchos, tal vez demasiados, los recuerdos que acudieron a su mente—. Cuando mis hombres se introducían dentro de la misma banda, en el seno de la

«Cosa Nostra», haciéndose pasar por mañosos... Sí, Dugan. Es necesario penetrar en el fondo de la guarida y exterminar una a una a las ratas. Usted ha sido elegido para ello. Entre miles de agentes le he escogido a usted, Dugan.

Cliff Dugan experimentó una extraña sensación.

El corazón le latía con más fuerza.

Desacompasado.

También la sangre circulaba con más ímpetu por sus venas. Todo aquello provocado por las palabras de Hoover.

John Edgar Hoover le había elegido a él.

«Mister FBI» confiaba en Cliff Dugan.

No.

No podía fracasar.

—Espero no defraudarle, señor.

—Su investigación partirá de ese hombre de «Vietnam Rojo» muerto ante la casa del senador Blooker. Su nombre es Larry Brown. La Metropolitan Police de San Francisco también sigue la pista, pero dudo que consiga algo. Le aconsejo que se ponga en contacto con Arnold Winters. ¿Ha oído hablar de él?

Dugan hizo un leve movimiento de cabeza.

Sí.

Arnold Winters era conocido y admirado en toda la nación. Héroe de las dos guerras mundiales, policía, detective privado... Toda una vida dedicada a combatir el crimen.

—Arnold Winters es un buen amigo. Le ayudará. Sus conocimientos del mundo del hampa superan los archivos de la Metropolitan Police... e incluso los nuestros —comentó Hoover con una sonrisa—. Tal vez le sorprenda mi consejo, pero considero prudente que actué de momento por su cuenta, sin depender del Departamento de San Francisco hasta que llegue el momento oportuno. Así tendrá más... libertad. ¿Sabe lo que quiero decir?

Dugan también esbozó una sonrisa.

Comprendía perfectamente.

Como en los viejos tiempos del FBI.

«Disparad a matar y luego contad hasta diez» (1).

(1) Frase atribuida a Hoover en los años 30 al iniciar el F.B.I. su lucha contra el gangsterismo.

El director del Federal Bureau of Investigation abrió uno de los cajones de la mesa para extraer una negra carpeta de piel. La tendió hacia Dugan.

—En este dossier encontrará detallados todos los delitos cometidos por «Vietnam Rojo». Ciudades, entidades afectadas, fechas, circunstancias... Comprobará que todos los actos parecen ser engendrados y dirigidos en California. En San Francisco. No le resultará de mucha ayuda, pero es lo único que puedo ofrecerle. Lo único que hemos logrado reunir. No dude en acudir a Arnold Winters. Es un hombre de confianza. Me comunicaré con él telefónicamente para advertirle de su vista. Winters vive en San Francisco. En el 223 de Manns Street.

Dugan repitió mentalmente las señas.

Ya no las olvidaría.

Habían quedado archivadas en su mente.

Hoover también le entregó un alargado sobre.

—Aquí tiene el pasaje para San Francisco y dinero. ¿Alguna pregunta?

—No, señor.

—Bien. Suerte, Dugan.

El director del FBI se incorporó dando por terminada la entrevista. Ofreció su mano a Dugan.

El trabajo encomendado, aquella peligrosa y casi imposible misión, no inquietó a Dugan. Estaba orgulloso de la confianza en él depositada. Lucharía con todas sus fuerzas para salir triunfante... o morir en el empeño.

Estrechó la mano de Hoover.

—Espero recibirle de nuevo en mi despacho, Dugan. Celebraremos el fin de «Vietnam Rojo».

—Ese es también mi deseo, señor.

Dugan ignoraba que ya no volvería a ver con vida a John Edgar Hoover. Que aquella primavera de 1972, cuando los cerezos aromatizaban las avenidas de Washington, sería la última de Hoover. Sus días, para desgracia del Federal Bureau of Investigation, estaban ya contados.

Año 1933.

Memphis (Tennessee).

Machine Gun Kelly, el famoso y temido pistolero de la ametralladora, se rendía a los agentes del FBI.

—¡No disparar, G-men! ¡No me matéis, G-men!

Kelly fue el primero en denominar a los agentes del FBI con la palabra G-men. («Hombres del Gobierno» en el argot del hampa.)

CAPÍTULO III

SAN FRANCISCO, la ciudad de la Puerta de Oro.

Telegraph Hill, North Beach, Russian Hill, «Nob Hill»... Más de tres millones de habitantes deambulando por la ciudad de las colinas.

Cliff Dugan conocía bien San Francisco.

Había nacido allí. En el 110 de Devon Road, barrio de Lansin. Una de las zonas más miserables de San Francisco. Donde los hombres, en rudo contraste con los elegantes de «Nob Hill», viven como ratas. Dugan abandonó la ciudad a los catorce años. Trabajó pagando sus estudios y terminó doctorándose en leyes. Luego ingresó en el FBI.

No.

Cliff Dugan no había olvidado el viejo barrio de Lansin. Lo recordaba con todo detalle pese al tiempo transcurrido. Un grupo de chiquillos hambrientos disputando con las ratas la posesión de un cubo de basura.

Sonrió.

Conocía perfectamente la ciudad. Tal vez fuera una de las cualidades que impulsaron a Hoover a elegirle. San Francisco no guardaba secretos para Dugan. Todos sus barrios le resultaban familiares. Las zonas buenas y las malas.

El taxi que le había conducido desde el Aeropuerto Internacional circulaba ahora por la populosa Market Street subiendo luego en dirección al Union Square.

Desde Washington, antes de emprender el viaje, se había puesto en contacto con una agencia para el alquiler de un apartamento.

Sospechaba que su estancia en San Francisco se iba a prolongar. Era más confortable un apartamento a la fría habitación de un hotel. Eligió uno enclavado en el 730 de Flood Street, muy próximo a la Radio City.

Abonó la carrera al taxista.

El equipaje de Dugan seguía constando del ligero portafolios. En el hotel de Washington había quedado el elegante traje comprado para la entrevista con Hoover. En San Francisco ampliaría su vestuario.

El 730 de Flood Street era un edificio moderno de amplia entrada. La mayoría de las plantas destinadas a apartamentos de alquiler o despachos comerciales. Tras el mostrador de recepción un individuo de graso rostro leía las incidencias de la última carrera del hipódromo de Bay Meadows.

—Buenos días. Mi nombre es Dugan. Cliff Dugan.

El conserje dibujó en sus labios una hipócrita sonrisa.

—Ah, sí... El propietario ya me anunció su próxima llegada, señor Dugan. Le ha sido designado el apartamento D-7. ¿Tiene el equipaje en el coche? Yo mismo iré a por...

—No tengo equipaje. Gracias.

Cliff Dugan se encaminó hacia uno de los elevadores jugueteando con la llave proporcionada por el recepcionista. En el interior de la cabina pulsó el mando correspondiente a la cuarta planta. Minutos más tarde introducía la llave en la puerta señalizada con el número siete.

Pequeño living, salón, dormitorio y reducida cocina. Buena decoración y magníficos muebles. El dormitorio comunicaba con la sala de baño.

Dugan, tras recorrer el apartamento, se acomodó en uno de los sillones del salón abriendo el portafolios. Allí estaba el dossier entregado por John Edgar Hoover.

Todos los delitos atribuidos a «Vietnam Rojo».

Hipótesis.

Conjeturas sin confirmar.

¿Un complot para impedir la posible reelección del presidente Nixon? ¿Movimiento político contrario a la intervención USA en Vietnam? ¿Misteriosa secta con el fin de exterminar el poderío de

Estados Unidos? ¿Un grupo de fanáticos capitaneados por un esquizofrénico? ¿Una simple organización del crimen?

Sí.

Todo era posible.

Los resultados estaban allí detallados: sabotajes, actos terroristas, robos, asesinatos...

Ningún nombre en el dossier. Sólo el de Larry Brown, el supuesto miembro de «Vietnam Rojo» muerto al intentar asesinar al senador Blooker.

Larry Brown.

Un muerto el punto de partida de las investigaciones.

Cliff Dugan se incorporó guardando el dossier en uno de los muebles del salón.

Decidió empezar por una visita a Arnold Winters. Al famoso ex policía. Tal vez le resultara provechosa. Esa era al menos la opinión de Hoover. Y Mister FBI pocas veces se equivocaba.

Dugan encendió un cigarrillo dirigiéndose al living. Abrió la puerta abandonando el apartamento.

En el alfombrado pasillo le esperaba un agradable espectáculo.

Las mejores piernas femeninas que había visto en su vida.

Y eran muchas las admiradas por Cliff Dugan.

Pertenecían a una mujer joven. De unos veintidós años. Rostro de perfecto óvalo, ojos verdes, nariz pequeña y labios gordezuelos. Pómulos algo salientes proporcionando a su rostro un matiz sensual. Lucía una blusa de *organza* que resaltaba la perfección de sus erectos senos. Completaba un *minishort* de seda roja con maxifalda abierta al frente. La muchacha, junto a una entreabierta puerta del corredor, procedía a enderezar una de las medias. Mostrando generosamente sus piernas de largos y esbeltos muslos.

Dugan la contempló sonriente.

La mujer, al percatarse del intruso, dibujó en su rostro un mohín de fastidio penetrando en el apartamento y cerrando la puerta con violencia.

El agente del FBI acentuó la sonrisa encaminándose hacia el elevador. Mientras esperaba el retorno del aparato dirigió una mirada al apartamento de la muchacha.

El número cinco.

Volvió a sonreír.

Resultaba agradable tener una vecina de tan bonitas piernas.

Cliff Dugan abandonó el edificio. Comió en un automático aprovechando a la vez para comprar ropa en los mismos almacenes ordenando el envío al 730 de Flood Street. Acto seguido se dedicó a la contratación de un auto de alquiler. Tras algunas dudas entre los modelos a elegir decidió por un «Chevrolet SS». Un deportivo del año 1970 que se hallaba en perfectas condiciones.

Ya al frente del volante se dirigió hacia la Pacific Avenue. Próximo a la larga avenida se encontraba el domicilio de Arnold Winters. El tráfico era intenso. En su mayor parte con destino a la zona de North Beach, centro de la vida nocturna de San Francisco.

Dugan se vio obligado a realizar varios rodeos hasta lograr un sitio donde estacionar el auto. Recorrió a pie un breve trecho adentrándose en Manns Street. Buscó el 223.

Aquel era el domicilio de Arnold Winters.

Famoso ex policía y detective. Ahora ya retirado de toda actividad, se dedicaba a escribir novelas policíacas donde él era protagonista. Sus aventuras reales superaban la más calenturienta imaginación. Tenía éxito. Cada una de sus obras se convertía en auténtico *best-seller*.

Cliff Dugan abandonó el elevador que le había depositado en la sexta planta deteniéndose en la puerta de la izquierda. Pulsó el llamador.

La puerta se abrió a los pocos segundos.

Dugan no estaba preparado para aquello.

La mujer que apareció bajo el umbral le hizo parpadear repetidamente.

Era diabólicamente bella. Rubia. Un rubio intenso de seguro artificial. Lucía una blusa de seda anudada bajo el busto y ceñido *minishort*. Iba descalza. Rondaba los veinticuatro años de edad. Sus labios eran gordezuelos. Húmedos. Sensuales.

—¿Arnold Winters?

La mujer sonrió provocativa.

—¿Me parezco a Winters?

—Quiero decir si vive aquí el...

—Sí, polizonte —la mujer se hizo a un lado—. Pasa.

Cliff Dugan penetró en el reducido living.

Algo perplejo.

—¿Te sorprende que conozca tu profesión? Puedo olfatear a un policía a cien millas de distancia. Reconozco que tú eres algo... distinto. Tus ropas no son las del clásico polizonte. ¿Detective privado? No importa... Eres un buceador de basuras. Apestas. Como todos los que acuden a esta casa. ¿Qué buscas? ¿Información? ¿Consejos del gran Arnold Winters?

—¡Shirley!

La voz llegó desde una puerta que comunicaba con el living. Un hombre de unos sesenta años de edad avanzó dirigiendo una dura mirada a la muchacha. Esta permaneció impasible.

—¿Ocurre algo, Arnold?

—Vuelve a tu habitación y ponte ropa más decente.

La mujer rio en cantarina carcajada alejándose por el corredor. Sus caderas iniciaron un sensual y provocado balanceo.

Arnold Winters enrojeció.

Forzando una sonrisa clavó sus ojos en Dugan.

—¿Quién es usted?

—Mi nombre es Cliff Dugan.

—¡Ah, sí!... Hoover me anunció su visita. Celebro conocerle, Dugan. No le esperaba tan pronto.

—Acabo de llegar a San Francisco y...

—No se disculpe. Estoy al corriente de lo importante de su misión. Sígame, por favor.

Arnold Winters condujo al agente del FBI hacia un amplio despacho-biblioteca. Sobre la mesa una máquina de escribir eléctrica, infinidad de cuartillas y una botella de whisky vacía.

Winters abrió un compartimiento instalado en el mueble-biblioteca. Aparecieron varias botellas de whisky, brandy, vodka...

—¿Qué le apetece tomar, Dugan?

—Whisky. Sin hielo.

Arnold Winters atrapó una botella de Johnnie Walker llenando dos vasos. Ofreció uno a Dugan. Este contempló en superficial mirada los libros de la biblioteca. La mayoría relacionados con temas policíacos y del mundo del hampa. En lugar destacado estaban Maestros del engaño, de Hoover, e Historia del FBI, de Dan

Whitehead.

Winters vació su vaso de un solo trago. Con temblorosa mano volvió a llenarlo.

—Ruego olvide la escena anterior, Dugan.

—No se preocupe. La juventud de hoy es rebelde y comprendo los problemas para educar una hija.

Winters rio agriamente.

—Shirley no es mi hija, Dugan. Es mi mujer.

* * *

Arnold Winters se había acomodado tras su mesa-escritorio. Llenó el vaso por enésima vez. Nuevamente su mano no pudo evitar un leve temblor. Los cabellos de Winters ya griseaban en los aladares y marcadas arrugas surcaban su rostro. Parecía haber perdido su conocida vitalidad de antaño.

Comenzó a hablar con pausada y ronca voz:

—Me casé hace ocho meses, Dugan. Completamente enamorado. ¿Le sorprende en un hombre de cincuenta y siete años? De seguro que sí. Máxime si ese hombre es Arnold Winters, el héroe de las mil aventuras. El hombre que luchó contra el poder de Lucky Luciano, Al Capone, Anastasia, Frank Costello... El policía que destruyó cientos de *speakeasies* (1), el detective que empequeñeció a Sherlock Holmes... Sí, Dugan. Mi popularidad ha servido para que, con ínfimo estilo literario, escribiera novelas que son devoradas por un público ávido de emociones fuertes. Shirley, deslumbrada por mi aureola de popularidad, se casó conmigo. Ocho meses de matrimonio ya le han demostrado que soy un hombre como los demás. Y yo, el hombre duro, terror de forajidos, continúo enamorado como un chiquillo Contemplando impotente el fracaso de un matrimonio que jamás debió celebrarse. De un matrimonio condenado de antemano. Ella es mucho más joven que yo...; pero me aturdió su belleza. Shirley es mi mujer y la amo, Dugan. La quiero con todas mis fuerzas y lucharé por retenerla a mi lado.

(1) Locales destinados a la venta de licor durante la “ley seca”.

Cliff Dugan permanecía en silencio.

Fumando con visible indiferencia. Los problemas sentimentales

de Winters le importaban muy poco. Este pareció percatarse de ello.

—Perdóneme, Dugan... No sé por qué le cuento todo esto... Comprendo que mis asuntos particulares le tienen sin cuidado. Mejor será pasar al motivo de su visita. Me honro con la amistad de Hoover y haré cuanto esté en mi mano por ayudarle. Puedo hacerlo.

Arnold Winters leyó un leve gesto de escepticismo en el rostro del hombre del FBI.

Sonrió.

—No lo dude, Dugan. Estoy al corriente de cosas que ignora el propio Hoover y el jefe de la Metropolitan Police. Me relaciono con el mundo del hampa. Algunos sectores todavía me guardan rencor por mi época de policía. Cuando abandoné la Metropolitan para convertirme en detective privado mis relaciones fueron más cordiales con todos. Tengo amigos en distintas esferas.

—¿También dentro de «Vietnam Rojo»?

El cansino rostro de Winters se transfiguró. Pareció olvidar sus problemas sentimentales recuperando la perdida vitalidad. Sus ojos también adquirieron redoblado brillo. Volvía a ser un luchador. El hombre de las mil aventuras.

—«Vietnam Rojo»... Hace un par de meses me desplazé a Washington para advertir a Hoover del peligro. La serpiente estaba incubando y era preciso aplastar su cabeza cuanto antes. Ahora resultará más difícil. El poder de «Vietnam Rojo» ha aumentado considerablemente hasta eclipsar, en tan corto tiempo de existencia, a la Mafia. El verdadero poder de «Vietnam Rojo» está en su anonimato. El jefe supremo gobierna con mano invisible. Nadie le conoce. Nadie ha visto su rostro.

Cliff Dugan había encendido un «Pall Mall». Exhaló una bocanada de humo fijando sus grises ojos en Winters.

—¿Cómo sabe eso?

—Tengo muchos... contactos. Mis informadores han intentado indagar, pero los jefes de «Vietnam Rojo» son desconocidos en el mundo del hampa. Nadie sabe nada. Le puedo decir el nombre de dos individuos que trabajan para la organización, aunque de nada le serviría. Reciben las órdenes por teléfono, en una inocente carta... Jamás en contacto directo con sus jefes. Le hablo, por

supuesto, de los brazos ejecutores de «Vietnam Rojo». De los simples sicarios. Supongo que la organización tendrá varios jefes que se conocen entre sí; pero permanecen en la sombra. Sin darse a conocer. Ocultos en sus distintos tronos. Esa es la verdadera fuerza de «Vietnam Rojo».

—¿Qué me dice de Larry Brown?

—Recuerdo que Hoover se lamentó de que sus hombres acabaran con Brown cuando éste colocaba la bomba en el coche del senador Blooker. Nada hubiera conseguido de cazar a Larry Brown con vida. En el interrogatorio nada lograría. Brown era un simple ejecutor. La Metropolitan Police está investigando.

—¿Y...?

Winters esbozó una irónica sonrisa.

—Negativo. Larry Brown era un pobre diablo. Detenido en varias ocasiones por pequeños delitos. Vivía solo. No tenía familia. La policía no ha conseguido averiguar gran cosa. Yo, sin embargo, conozco un lugar que era muy frecuentado por el difunto Larry Brown. El club Spider. Un nauseabundo local del barrio Lansin.

Barrio Lansin...

El fugaz parpadeo de Dugan pasó desapercibido para su interlocutor. El agente del FBI, conocedor de aquel miserable barrio por haber nacido en él, delineó en sus labios una leve sonrisa. Una mueca carente de alegría.

Permitió que Winters continuara hablando ocultando todo comentario.

—Larry Brown era un cliente fijo del Spider. Según mis informes recibía frecuentes llamadas telefónicas en el local. También sé que mantenía estrecha amistad con una de las bailarinas. Un tal Joan Finch. Le comuniqué todo esto al Departamento del FBI aquí en San Francisco. Los empleados del Spider y esa Joan Finch fueron interrogados. Sin resultado positivo. Puede que usted tenga más suerte.

—¿Eso es todo, Winters?

Arnold Winters se reclinó en el sillón. Acariciando el vaso de whisky. Con la mirada fija en el amarillento líquido.

—Por el momento, sí. Reconozco que todo cuanto le he dicho es campo abonado ya recorrido por la Metropolitan Police y por sus

compañeros del FBI. Nadie ha dado importancia a Joan Finch. Un grave error. Esa mujer está vinculada a «Vietnam Rojo». Lo sé. He permanecido algunas noches en el Spider, hablando, preguntando, indagando...

—¿Por qué?

Winters arqueó sus pobladas cejas.

Pareció no comprender la pregunta del G-men.

—¿Cómo?

—Me sorprende su interés por «Vietnam Rojo», Winters. Usted ya no pertenece a la Metropolitan Police. También ha dejado su profesión de detective privado. Se ha convertido en famoso y bien pagado escritor de novelas policíacas. ¿Por qué arriesga el pellejo investigando las actividades de «Vietnam Rojo»? ¿Por qué continuar relacionado con «soplones» e individuos peligrosos?

Arnold Winters bebió el whisky a pequeños sorbos. Su rostro se ensombreció perdiendo sus ojos el fuerte brillo.

—Tengo muchos motivos, Dugan. Muchos... El principal convencerme a mí mismo de que no estoy acabado. De que todavía puedo vivir aventuras más peligrosas que las relatadas en mis novelas. Quiero que todos sepan que Arnold Winters no está acabado. También deseo colaborar con Hoover. Es mi amigo. Le admiro y debo infinidad de favores. Me ayudó mucho. Gracias a John Edgar Hoover he alcanzado la popularidad de que gozo.

Cliff Dugan no pudo evitar el comparar a ambos hombres.

Hoover y Winters.

John Edgar Hoover. Setenta y siete años de edad. Pleno de facultades. Dirigiendo con mano firme y segura el Federal Bureau of Investigation. Sin necesidad de convencerse a sí mismo de su valía. Luchando con las mismas fuerzas que en su juventud. No sólo contra el crimen, sino también contra políticos que desean su salida del FBI. Pero Hoover permanece allí. En el quinto piso del Departamento de Justicia. En su trono.

Arnold Winters. Cincuenta y siete años. Consciente de su declive y forzando por ocultar la triste realidad. ¿Convencerse a sí mismo? ¿A los demás? No. Winters quería convencer a Shirley. Convencer a su mujer de que continuaba siendo el hombre audaz y admirado de antaño. Exterminar a «Vietnam Rojo» sería un gran triunfo para

Arnold Winters. Demostraría a todo el mundo, principalmente a Shirley, que no estaba acabado.

Eso era lo que buscaba Winters.

Y esperaba conseguirlo colaborando con el FBI.

Cliff Dugan se incorporó.

—Gracias por su información, Winters.

—No le he dicho gran cosa, Dugan. Lo sé, pero le mantendré al corriente de cualquier dato de interés que llegue a mis oídos. Quiero colaborar estrechamente con usted. Tengo muchos contactos y tarde o temprano lograremos desenmascarar a alguno de los jefes de «Vietnam Rojo». Y entonces será el fin de la organización. ¿Dónde se hospeda, Dugan?

—Tengo un apartamento en el 730 de Flood Street.

—Perfecto. Le mantendré informado.

—Gracias —replicó Dugan sin ningún entusiasmo.

Se encaminó hacia la puerta precedido por Winters. Al abandonar el despacho vieron a Shirley. La mujer se dirigía con presuroso paso hacia el living.

—¿Adónde vas, Shirley? —gritó Winters—. ¡Shirley!

No obtuvo respuesta.

Se escuchó un seco y violento portazo producido por Shirley al abandonar el apartamento.

Arnold Winters inclinó la cabeza.

Nuevamente representó la imagen del hombre vencido y fracasado.

Año 1934.

Chicago.

John Dillinger, declarado «enemigo público número uno», se desploma sin vida a las puertas del cine Biograph. Una bala en el costado izquierdo y otra en la nuca saliendo por su ojo derecho.

Muerto por agentes del FBI.

CAPÍTULO IV

LUMINOSOS de neón proliferaban por las calles de San Francisco. Parpadeantes. Llegando a marear con sus sempiternas intermitencias. Grandes almacenes, night-clubs, bebidas, ropa interior femenina... Toda clase de productos anunciados en multicolores destellos.

El «Chevrolet» conducido por Cliff Dugan había abandonado las grandes avenidas y modernos edificios para adentrarse en barrio Lansin.

El hombre del FBI experimentó una extraña sensación.

Él había nacido allí. Luchó por dejar aquellas tristes y sombrías calles, las casas grises, ennegrecidas, grasientas... Barrio Lansin continuaba habitado por seres de cansino rostro. De hombres sin brillo en los ojos. Sin esperanza. Nada parecía haber cambiado.

Todo igual.

La misma miseria.

Increíble en una ciudad próspera como San Francisco.

Pero allí estaba. Semejante al «The Bowery» neoyorquino. Cubos de basura, calles sucias y malolientes, perros vagabundos..., hombres vagabundos.

Un coche de la Metropolitan Police pasó haciendo girar la luz roja sobre su capota. Servicio rutinario. Pelea de portorriqueños, alguna mujerzuela muerta por un borracho, un robo...

Servicio rutinario.

Normal en barrio Lansin.

Cliff Dugan preguntó por el Spider. Debía ser un local reciente, ya que no le resultaba conocido. Le indicaron su emplazamiento.

En Seay Road. Una callejuela estrecha y de nulo tráfico.

Dugan estacionó el auto a poca distancia. Con un cigarrillo en los labios abandonó el «Chevrolet» encaminándose hacia Seay Road... Distinguió el luminoso anunciador del Spider. Un toldo rojo con ribetes, descolorido por la lluvia, protegía la entrada.

El G-men inspiró profundamente.

La eterna humedad nocturna de San Francisco le hizo estremecer. Aunque tal vez la causa fueran los lejanos recuerdos que acudían a su mente. Su infancia por aquellas tristes calles. La miseria. El hambre...

El Spider estaba instalado en un sótano.

Pestilente.

El almizcle y sándalo se entremezclaba con el olor a sudor y tabaco con nauseabundo resultado. La atmósfera era irrespirable. Predominaba el hedor a bestia humana.

Cliff Dugan entornó los ojos.

El local permanecía en penumbras. Casi en la oscuridad. Sólo la pista circular aparecía iluminada. Una mujer de opulentas formas ejecutaba un obsceno *strip-tease* con nulo entusiasmo y menos arte. El público correspondía con una total indiferencia al espectáculo.

Dugan esperó junto a la escalera a que se encendieran las luces.

La mujer terminó su número sonriendo como si le pisotearan el estómago. Sonaron leves y piadosos aplausos. La mujer se retiró encendiéndose entonces las luces, no muchas, del local. La orquesta, compuesta por cuatro aburridos individuos, iniciaron los compases de un conocido tema folk.

Varias parejas saltaron a la pista.

Cliff Dugan llegó hasta el mostrador haciendo caso omiso a las provocativas miradas de las *cocktail-waitress*. Solicitó un whisky fijando los ojos en el individuo del mostrador. Con voz carente de inflexión, preguntó:

—¿Dónde está Joan?

El barman arrugó la nariz.

—Hace unos minutos estaba disfrazada de Eva sobre la pista. ¿No la ha visto?

Dugan esbozó una sonrisa.

Joan era la del *strip-tease*.

—Acabo de llegar y me he perdido el número —mintió el hombre del FBI—. ¿Cuándo aparecerá de nuevo?

—Joan es una chica muy independiente. Cuando termina su show se larga a casita, da un recorrido por las mesas o bien se llena de whisky hasta reventar. No tiene norma fija. Puede que hoy decida por honramos con su presencia.

—Necesito hablar con ella. ¿Es posible?

—Depende.

Dugan dejó diez dólares sobre el mostrador.

El barman no hizo ademán de cogerlos.

—La tarifa es de veinte dólares, amigo. Tengo que repartir con el «gorila» —el del mostrador señaló hacia una puerta situada tras la orquesta. Apoyado en la hoja de madera se veía un corpulento individuo—. ¿Comprende?

El G-men añadió diez dólares más.

Entonces sí desaparecieron.

—Perfecto. Dígale al «gorila» que va de mi parte. Le dejaré entrar.

—Gracias.

Cliff Dugan sorteó las mesas en dirección a la orquesta. Al llegar junto a la puerta pudo leer la indicación de *private*. El corpulento individuo se adelantó cortándole el paso.

—Los lavabos están en el otro lado.

—Quiero hablar con Joan. Ya he pagado la... tarifa.

El hombre, con aspecto de *catcher* sonado, dirigió una mirada hacia el mostrador. El barman le hizo un afirmativo movimiento de cabeza.

—Okay. La segunda puerta de la izquierda.

El largo pasillo estaba cargado de humedad. De penetrante perfume femenino. Al fondo se divisaba una escalera que sin duda comunicaba con el exterior.

Dugan se detuvo ante la segunda puerta de la izquierda. Su diestra accionó el picaporte. Sin molestarse en llamar. La hoja de madera cedió mansamente a su empuje.

Joan Finch estaba sentada frente al espejo. Luciéndole tan sólo un sucinto dos piezas. Giró la cabeza.

—¿No te han enseñado educación, marrano?

Dugan sonrió.

Le agradaban las chicas finas.

Cerró la puerta aproximándose lentamente a la mujer.

—Hola, Joan.

—¿Nos conocemos?

—Larry me habló mucho de ti.

Joan había cumplido los treinta años, aunque ella juraba no pasar de los veinticuatro. Su rostro aún mantenía cierta belleza que el whisky iba minando paulatinamente. Su cuerpo sí era perfecto.

—¿Larry?

—Aha. Larry Brown.

Por los negros ojos de la mujer pasó fugazmente un ramalazo de temor. Reaccionó sonriendo con fingida indiferencia.

—Creo recordarle.

—Me dio un encargo para ti.

—¿Desde el infierno?

—¡Oh, no! —rio Dugan sacando su cajetilla de tabaco y ofreciendo un cigarrillo a la mujer—. Hablé con él días antes a su fatal... accidente frente a la casa del senador Blooker. Yo era un buen amigo de Larry. Un gran tipo.

Los carnosos labios de Joan succionaron voluptuosos el cigarrillo. Exhaló una bocanada.

—Yo no le conocía muy bien. Era un cliente del Spider. Como otros tantos.

Cliff Dugan arqueó las cejas aparentando estar muy sorprendido.

—¿No eras su chica?

—No.

—¡Diablos! Juraría que Larry pronunció tu nombre cuando me entregó los cinco mil dólares.

—¿Cinco mil dólares? —repitió Joan, cambiando la expresión de su rostro.

—Sí. Un día antes de su muerte. Larry era un pesimista. Estaba convencido de que iba a morir. Yo traté de quitarle tan feo presentimiento, pero insistió en ello. Por eso me entregó los cinco mil dólares para su chica. Te nombró a ti, Joan. No quería dejarte desamparada.

—¿Es cierto eso?

—Seguro.

—Larry siempre fue un cerdo. ¿Por qué iba a darme cinco mil dólares?

Dugan se encogió de hombros.

—No sé... Yo, desde luego, jamás los entregaría a una mujer. Larry estaba convencido de que iba a morir. Tal vez fue su obra buena el darte el dinero.

—¿Dónde está?

—Has dicho que tú no eras su chica. Debo buscar a otra Joan Finch que...

—¡Y un cuerno! ¡Por supuesto que era la chica de Larry! Creí que eras uno de esos cochinos polizontes, detectives o periodistas que andan husmeando por el Spider. Ya puedes darme la pasta, hermano.

—No la llevo encima. Mucho dinero para pasear por el barrio Lansin. Lo tengo en mi apartamento.

La desconfianza se reflejó en el rostro de Joan.

—Es extraña tu honradez, encanto. Larry ha muerto. ¿Por qué no te quedas con los cinco mil dólares? Nadie, te los iba a reclamar.

Cliff Dugan sonrió fríamente. Dio la última chupada al cigarrillo para luego arrojarlo hacia uno de los rincones de la estancia.

—No soy honrado, nena. Te entrego el dinero con una condición.

—¿Cuál?

—Larry era mi amigo. Me prometió trabajo.

—¿Es eso lo que buscas? Hablaré con James Kellog, el propietario del Spider. Creo que necesita un lavaplatos.

—Muy graciosa. Tengo las manos muy finas, nena. Las utilizo en trabajos... delicados. Larry me aseguró que le interesaba un especialista en preparar la «sopa». Yo soy un experto.

—No te comprendo...

El G-men pareció no oír a la mujer.

—Ácido nítrico, sulfúrico y glicerina. De ahí preparo la «sopa». Larry buscaba un tipo acostumbrado al manejo de la nitroglicerina. Prometió introducirme en la organización.

—No sé de qué estás hablando.

—Hablo de «Vietnam Rojo». Según Larry tú también perteneces a la organización. ¿Acaso no es cierto?

—¡Estás loco! ¡Larry te mintió! ¡No tengo tratos con ninguna organización!

—Okay, nena. Creo que me he equivocado. Olvidalo. Olvida también los cinco mil dólares.

Cliff Dugan se encaminó hacia la puerta. Ya con la mano en el picaporte se oyó la voz de Joan:

—Esos cinco mil dólares te los dio Larry para mí. Me pertenecen.

—Es posible. Aunque dudo que seas tú la Joan Finch que busco. Desconoces a «Vietnam Rojo». No. No eres la chica que busco.

—Es peligroso hablar tan abiertamente de ciertas cosas. ¿No lo comprendes? Este no es el lugar apropiado. Quiero esos cinco mil dólares.

—Ya sabes mi condición.

—De acuerdo. Te presentaré a un miembro de... de la organización. Pero antes iremos a tu apartamento a por los cinco mil dólares. ¿De acuerdo?

—Aha.

—Me pondré un vestido en unos minutos —aseguró Joan incorporándose—. Puedes esperarme en la parte trasera del Spider. Junto a la salida de servicio. La escalera del pasillo te llevará al callejón.

El hombre del FBI contempló con insolencia a Joan. El atrevido dos piezas dejaba muy poco para la imaginación.

—¿Por qué no esperarte aquí?

—Odio a los *voyeurs*. Además no quiero que nos vean salir juntos. No tardaré más de diez minutos.

—De acuerdo.

Cliff Dugan se dio por satisfecho con los argumentos de la mujer. Apenas hubo abandonado la estancia, Joan se precipitó hacia el teléfono situado sobre una pequeña mesa. Su dedo índice manipuló nerviosamente en el dial.

Año 1936.

Nueva Orleáns.

John Edgar Hoover se desplaza desde Washington a Nueva Orleáns para dirigir personalmente a sus hombres en la captura del temido y sanguinario Alvin Karpis (Old Creepy).

CAPÍTULO V

LA salida de servicio del Spider conducía a un estrecho callejón. Sin salida. Al fondo un muro de considerable altura. Bajo la escalera de incendios un bidón de basura. Una rata gorda y lustrosa olfateó descaradamente los zapatos de Dugan. Sólo una bombilla a lo largo del callejón. Su mortecina luz era casi inexistente.

Cliff Dugan consultó la esfera del reloj.

Llevaba ya doce minutos de espera. No confiaba en que su truco de los cinco mil dólares hubiera dado resultado. Demasiado pueril. Su verdadero propósito era comprobar la reacción de Joan. Tras las primeras negativas terminó por admitir que pertenecía a «Vietnam Rojo».

¿Por qué?

¿Por conseguir los hipotéticos cinco mil dólares?

No.

Joan era demasiado inteligente para picar el anzuelo.

Los pensamientos de Dugan quedaron bruscamente interrumpidos ante el ensordecedor ruido. Cuatro potentes focos se adentraron velozmente por el callejón inundándolo con luz cegadora.

Eran cuatro potentes motocicletas.

Las máquinas rodearon a Dugan deslumbrándole con los faros. Los vehículos eran de igual modelo. Motor *flat twin* capaz de alcanzar los ciento ochenta kilómetros por hora.

Las motocicletas enmudecieron.

Sólo una de ellas quedó con el foco encendido.

Cliff Dugan parpadeó repetidamente.

Se vio rodeado por cuatro individuos. Jóvenes. Melenudos. De igual vestimenta. Como cortados por un mismo patrón. Zamarra de negra piel, pantalones téjanos y botas de alta caña y grueso tacón. Sus edades oscilaban entre los veinte a los veinticinco años. Todos ellos hacían oscilar en su diestra una ligera cadena de hierro.

—¿Eres tú el amigo de Larry?

Cliff Dugan contempló fijamente al que había hablado.

Un joven de rostro alargado. Enfermizo. Ojos amarillentos. Abundante cabellera y barba estilo *bernes*. Su pantalón vaquero descolorido y brillante por la suciedad almacenada.

—Sí.

—Correcto. Vamos a enviarte con Larry. Te espera impaciente en el infierno.

Apenas pronunciadas aquellas palabras, Cliff Dugan sintió un lacerante dolor que le hizo doblar las rodillas. El individuo que estaba a su espalda le había propinado un violento trallazo. La cadena quedó enroscada a los pies del agente del FBI.

—Iniciemos la danza, compañeros —rio guturalmente Ojos Amarillentos.

Los cuatro melenudos conocían bien su oficio.

No eran vulgares aprendices.

Dugan se percató de ello. Estaba frente a asesinos profesionales. Intentó sacar su «Smith & Wesson». No lo consiguió. Dos golpes al unísono se lo impidieron. En el brazo derecho y en el costado.

El G-men se dobló en dos. Lívido. Boqueando desesperadamente en busca de aire. Sin evitar un grito de dolor cada vez que su cuerpo era macerado por las cadenas de hierro.

Sus enemigos se mantenían a distancia.

Haciendo oscilar con siniestro sonido las cadenas. Actuaban por parejas. Sistemáticamente. Como ejecutando una bien aprendida lección. Retrocediendo ágilmente tras descargar el golpe.

Cliff Dugan quedó de rodillas.

Semiencorvado.

Casi besando el suelo.

Un salvaje patadón en el rostro le hizo caer hacia atrás.

Se escuchó una nerviosa carcajada.

—Infiernos, Paul... Creo que le has hecho tragar todos los dientes.

Paul, el de rostro enfermizo y ojos amarillentos, sonrió con modestia. Para rematar su obra dirigió un segundo puntapié al bajo bajo vientre de Dugan. Un ronco estertor escapó de la garganta del G-men. Semiinconsciente. Dominado por el dolor.

—Levantadle. Voy a darle el repaso final;

Paul introdujo su diestra en la negra zamarra para extraer una pequeña manopla. Se ajustó los nudillos de acero a la vez que sonreía en cruel mueca.

Dos de sus compañeros habían incorporado a Dugan sosteniéndole por los brazos.

—Será una muerte rápida —aseguró Paul con marcado sadismo—. Nadie soporta el castigo más de tres minutos.

Cliff Dugan sangraba por la nariz y boca a consecuencia del patadón recibido. En su costado izquierdo se delineaba un trazo sanguinolento.

Paul impulsó su puño derecho contra el estómago del hombre del FBI. Una y otra vez. Golpeando salvajemente el costado. Los nudillos de hierro acoplados a su diestra proporcionaban mortífera virulencia.

De pronto se escuchó el ruido de otra potente motocicleta al penetrar en el callejón. Un foco iluminó la brutal escena. Sin embargo, Paul prosiguió el castigo sin importarle el recién llegado.

El tripulante de la quinta máquina era un individuo de pelo rubio, ojos claros y rostro aniñado. De unos veintiocho años de edad. Su motocicleta parecía aún más potente que las restantes. De cuatro tiempos y 750 c. c. Adornada con profusión de accesorios.

Descendió del vehículo.

Se aproximó con lento paso.

—¿Aún no has terminado, Paul?

—Cuestión de minutos, Frank —replicó Paul jadeante y con el rostro perlado de sudor. Sonriendo satánicamente—. Unos golpes más y...

—¿Lleva armas?

—Creo que sí —dijo uno de los que sostenían a Dugan.

—Entonces pegadle un tiro entre los ojos. Tu sadismo nos hace

perder mucho tiempo, Paul.

Cliff Dugan había alzado la cabeza.

Sus ojos se encontraron con los del llamado Frank Este, ante el estupor de sus compañeros, retrocedió bañando su rostro de una tenue palidez. Por espacio de unos segundos enfrentó su mirada a la del agente del FBI.

—Soltadle.

Paul creyó haber oído mal.

—¿Cómo?

—¡Soltadle! ¡Nos vamos!

—Pero... ¡No podemos dejarle con vida, Frank! Sospechará de Joan y...

El aniñado rostro de Frank se endureció haciendo que sus ojos relampaguearan peligrosamente. Aquel brillo era sin duda conocido y temido por sus compañeros. Los que sostenían a Dugan soltaron su presa.

El G-men cayó pesadamente de bruces.

Frank subió a su máquina. Paul y los demás le imitaron a regañadientes. Sin comprender la actitud del que parecía llevar la voz cantante.

Minutos más tarde el infernal ruido de las motocicletas atronó en el callejón. Se alejaron veloces volviendo a reinar el silencio. Únicamente roto por el entrecortado respirar del semidesvanecido Cliff Dugan.

* * *

El hombre del FBI se arrastró penosamente hacia la escalera de incendios. Trató de incorporarse sin conseguirlo. Su espalda quedó apoyada en la fría pared del callejón. Con torpes ademanes extrajo su cajetilla de tabaco. Un retorcido cigarrillo humeó en sus labios. Exhaló una bocanada. Pausadamente. Con deleite. Aquello pareció reanimarle.

Permaneció allí, apoyado contra la pared y semioculto por la escalera de incendios, unos minutos. Hasta consumir el cigarrillo.

Nuevamente intentó incorporarse.

Sus manos se aferraron a uno de los salientes metálicos de la escalera. Un lacerante e intenso dolor en el costado le hizo doblar. Vomitó. Acto seguido avanzó con vacilante paso. Tanteando las

paredes hasta abandonar el callejón. Todo giraba a su alrededor. Las parpadeantes luces de los anuncios de neón redoblaban sus intermitencias dañando los ojos del agente.

Inspiró profundamente.

Con la mano derecha presionando su costado.

Al llegar junto al estacionado «Chevrolet» sintióse al límite de sus fuerzas. Reclinado en el asiento encendió un segundo cigarrillo. Con un pañuelo limpió la sangre que aún manaba de su nariz y labios.

El «Chevrolet» inició la marcha.

La noche ya era dueña de San Francisco. Calles solitarias. Cubos de basura, ratas y gatos únicos moradores de barrio Lansin. Cuando el auto conducido por Dugan se alejó de la zona, paulatinamente cambió el decorado aumentando el tráfico. Calles más amplias. Avenidas de lujosos *bungalows*. Elegantes *night-clubs* donde soñadoras *starlets* buscan su oportunidad ronroneando a los directores cinematográficos de moda. Modernos edificios habitados por lustrosos *nabobs*...

Un escenario muy distinto al de barrio Lansin.

¿Treinta minutos?

¿Una hora?

¿Dos?...

El tiempo se hizo interminable para Cliff Dugan. Cuando divisó Flood Street sonrió duramente. Lo había conseguido. Pese al intenso dolor que paralizaba su cuerpo había logrado llegar. Estacionó el auto en lugar prohibido, pero casi frente al 730 de Flood Street.

Abandonó el «Chevrolet» penetrando en el edificio.

La sala de recepción, pese a estar iluminada, aparecía desierta. Sin duda el conserje nocturno se hallaba momentáneamente ausente. Dugan se alegró de aquello. Quería pasar desapercibido.

Se introdujo en uno de los elevadores. Al salir de la cabina adentrándose por el corredor en dirección a su apartamento, trastabilló al tropezar con la mullida alfombra.

Cayó de bruces.

Todo volvió a girar vertiginosamente en infernal vorágine.

Cliff Dugan se sintió envuelto en tinieblas.

En la más completa oscuridad.

Año 1939.

Se inicia la Segunda Guerra Mundial.

El presidente Roosevelt concede plenos poderes a Edgar Hoover sobre todo el espionaje, contraespionaje y casos de sabotaje. El radio de acción del FBI se extiende a la Inteligencia Naval, al Ejército, Hemisferio Occidental, Europa, África y la zona del canal.

CAPÍTULO VI

*B*LUES.

Sí.

Estaba seguro.

La música llegaba a sus oídos con nitidez. Los ángeles salían a recibirle ejecutando maravillosos «*blues*».

Cliff Dugan entreabrió los ojos.

Se encontraba sobre una confortable cama.

Parpadeó hasta conseguir fijar los objetos que locamente danzaban a su alrededor. La lámpara en el techo, los muebles...

Ladeó la cabeza hacia su izquierda volviendo a parpadear repetidamente. Con marcado estupor.

Nuevamente creyó que los ángeles acudían a su encuentro. Allí estaba uno de ellos.

Dugan esbozó una sonrisa.

Reconoció en aquel encantador ángel a su linda vecina. A la muchacha que sorprendió enderezando las medias y ofreciendo el espectáculo de sus bien torneados muslos.

—Hola...

La joven sonrió.

—¡Bien! Celebro oír tu voz. Empezaba a preocuparme. Tu sueño se ha prolongado durante quince horas.

—¿Quince horas? —repitió Dugan sintiendo su voz lejana y pastosa.

—Sí. Regresaba de mi turno en el Whitmore Hospital cuando te encontré en el corredor. Inconsciente. Estuve tentada de avisar al

conserje de noche, pero supuse que no te gustaría.

Dugan entornó los ojos.

Contemplando fijamente a la mujer.

Si la primera impresión fue favorable, ahora, al verla más de cerca, se acentuó. De seguro no llegaba a los veintidós años. Aquellos verdes ojos se enfrentaron burlones a la inquisitiva mirada de Dugan. Este volvió a admirar el cuerpo de la muchacha. Perfecto. Senos poco pronunciados pero erectos, cintura estrecha y caderas de suave curva. Lucía ceñidos pantalones y camisa a cuadros.

—¿Cuál es tu nombre?

—Stella.

—Okay, Stella. ¿Qué te hizo suponer que me molestaría la presencia del conserje?

La joven dibujó en sus gordezuelos labios una sonrisa. Se acomodó en un sillón abarcando con sus brazos las rodillas.

—Como te iba diciendo, te encontré en el suelo sin sentido. De bruces, Al darte la vuelta cayó tu revólver. Por eso decidí no avisar al conserje. Hombre con revólver, hombre con problemas. Yo solita te arrastré hasta mi apartamento. Terminé sudando a mares, pero lo conseguí.

—Chica valiente. ¿Quién te asegura que no soy un peligroso asesino?

Stella dejó escapar en alegre carcajada los cascabeles de su garganta.

—No soy tonta, Cliff. Antes de decidir socorrerte comprobé tu identidad. Cliff Dugan. Agente especial del Federal Bureau of Investigation con destino en Nueva York. Treinta años. Natural de San Francisco. Soltero...

—No es necesario que sigas. Conozco mi filiación. — Dugan se sentó en el lecho. Por primera vez se percató de que lucía una chaqueta de pijama de vivos colores. También descubrió un perfecto vendaje en su costado—. ¿Has avisado a un médico?

—No. Soy enfermera. Actualmente realizo un cursillo de perfeccionamiento en el Whitmore Hospital. No tienes ninguna fractura. Yo misma te he aplicado los vendajes y comprado el pijama. Me debes doce dólares.

Dugan sonrió.

—Creo que te debo algo más. No sólo por cuidarme, sino también por no dar parte de lo ocurrido. Ciertamente no me hubiera gustado que se divulgara.

—Lo suponía. ¿Te atropelló un coche?

A la voz de Stella le acompañaba una fina ironía.

—Algo parecido.

—No soy amiga de leer los periódicos, pero hoy lo hice. También los noticiarios de televisión. No mencionaron para nada al agente Cliff Dugan del FBI. Ello me tranquilizó. Mi temor era que tus superiores se mostraran inquietos por tu ausencia. Esta mañana un hombre llamó a la puerta de tu apartamento.

—¿Cómo era?

Stella arrugó deliciosamente la nariz. Dudó unos segundos antes de empezar a hablar. La descripción dada correspondía a Arnold Winters.

—¿Volvió más tarde?

—No... Tan sólo he permanecido ausente unos treinta minutos. El tiempo necesario para efectuar unas compras. Tengo una semana de vacaciones en el Whitmore Hospital. Por eso he podido estar aquí todo el día. Sólo ese hombre llamó a tu apartamento. ¿Era importante la visita?

—Lo ignoro.

Stella se incorporó alisando su camisa a cuadros. Aquel ademán hizo resaltar la turgencia de los juveniles y firmes senos.

—¿Te preparo algo para cenar?

—No... Todavía me parece estar flotando. Tomaré un whisky.

—Iré a por él.

—Voy a levantarme —dijo Dugan—. Yo mismo me serviré.

—¿Te encuentras con fuerzas?

—Seguro.

—¡Ah, es cierto!... Olvidé que eres un agente del FBI. ¡Un valeroso y aguerrido G-men!

Nuevamente las palabras de la muchacha fueron acompañadas de burlona ironía. Antes de que Dugan pudiera hacer algún comentario, Stella abandonó la habitación.

El hombre del FBI quedó algo perplejo terminando por esbozar

una sonrisa. Sus ojos contemplaron más detenidamente la estancia. Femeninamente decorada. Sobre la mesa de noche descubrió un paquete de «New-port». Pese a aborrecer el tabaco mentolado encendió un cigarrillo. Necesitaba fumar.

Cerró los ojos.

Succionando el cigarrillo pausadamente.

Al incorporarse del lecho sintió náuseas e intensa sensación de mareo. Se sujetó con ambas manos la cabeza que parecía próxima a estallar en mil pedazos. Unos breves minutos. La sensación de malestar cesó paulatinamente. Sobre uno de los sillones vio sus objetos personales. En el respaldo la funda sobaquera con su reglamentario revólver del 38.

Ni rastro de su ropa.

Se encaminó hacia la puerta calzando unas pequeñas zapatillas pertenecientes a Stella.

La habitación, igual que en su apartamento, comunicaba con el salón. Allí estaba la muchacha acomodada en un rojo sofá con un largo vaso de *gin-tonic*. Sonrió divertida.

—El pijama te viene un poco corto. Eres un tipo alto, Cliff.

—¿Y mi ropa?

—La encontrarás en el living. En muy malas condiciones. Chaqueta, camisa..., todo desgarrado y con manchas de sangre por doquier. Supongo tendrás ropa en tu apartamento, ¿verdad?

—Sí...

Los *blues* seguían sonando. El LP de Johnny Winter giraba en el tocadiscos. *Blues* con mezclas de buen *rock and roll*.

Cliff Dugan fue hacia el mueble-bar.

Muy bien surtido.

Con un vaso de whisky en su diestra acudió junto a la muchacha. De pronto sus ojos quedaron fijos en un periódico arrojado sobre la alfombra. Los grandes titulares de primera página destacaban poderosamente.

«Estalla una bomba en el Pentágono.»

El agente del FBI se inclinó atrapando el periódico. Comenzó a leer ávidamente la reseña. Breve. Se desconocían los autores del atentado. No hubo que lamentar víctimas.

—¿Te interesa la política, Cliff?

—¿Política? Ha sido un acto terrorista.

—Cierto, aunque con marcada intención política —respondió Stella con firme voz—. Una protesta contra los bombardeos en Vietnam. Contra los miles y miles de muertos en esa absurda guerra.

—Es necesaria.

—¿Necesaria? Ninguna guerra es necesaria. Lo de Vietnam es tristemente monstruoso. Llena de vergüenza al pueblo norteamericano. Hemos arrojado más cantidad de bombas en Vietnam que las que cayeron sobre Alemania y Japón en la última guerra mundial. ¿Resultado? Muerte y destrucción. La guerra continúa. Continuará. Los «B-52» arrojan sus bombas desde 35.000 pies de altura, guiados por radar. Un fracaso. El perro y la pulga. Se ha comprobado que cada setenta toneladas de explosivos lanzadas por los «B-52» matan a un soldado norvietnamita. ¡A un solo soldado!

Dugan sonrió duramente.

—Tienes la barriga llena, Stella. Eso es lo que te ocurre e impide pensar. Sólo conoces lo que te administra la Prensa sensacionalista. Las estúpidas estadísticas para incautos.

—¿De veras? El teniente Calley, My:Lay, Pinkville Song-My, Bau-Tri... ¿Son estadísticas? Si lo son han sido borradas por las bombas de *napalm*. Cada año se destinan 30.000 millones de dólares del presupuesto norteamericano para la guerra en Vietnam,

—Podría darte otras tantas razones, Stella; pero no las comprenderías. Las guerras son crueles y monstruosas, aunque desgraciadamente necesarias. ¿Acaso crees que no deseamos terminar?

—Eres un agente del Gobierno y hablas como tal. ¿Sabes qué día es hoy, Cliff? 30 de abril de 1972. Con varios meses de anticipación te aseguro que Nixon no será reelegido.

—¿Apuestas algo?

—Lo que quieras. La escalada en Vietnam le ha restado infinidad de votos. Ni su proyectado viaje a Moscú le salvará. La opinión pública está contra él. ¿Quiénes le apoyan?

—Bob Hope, James Stewart, John Wayne, Clint Eastwood...—respondió Dugan burlonamente.

La muchacha decidió utilizar sus mismas armas.

—¡Oh, sí!... Lo sé. Son declarados partidarios de Nixon. Sus campañas se ven acompañadas por el más ruidoso de los fracasos. Warren Beatty, simpatizante del senador demócrata George McGovern, organizó un festival recaudando fondos para la campaña presidencial. Actuaron Barbara Streissand, Carole King, James Taylor... Sin contar las aportaciones de Burt Lancaster, Paul Newman, Raquel Welch, Gene Kelly... Todos ellos partidarios de McGovern. Luego están...

—Okey, nena —interrumpió Dugan, alzando su mano izquierda—. Estás muy bien informada. Pero te advierto que con sabotajes condenando lo de Vietnam no se derrotará a Nixon. Los Weatherman siguen métodos equivocados.

—¿Los Weatherman?

—¿Acaso no son ellos los causantes del atentado en el Pentágono? Hace un año ya colocaron otra bomba en los lavabos del Capitolio (1).

(1) La asociación militante izquierdista denominada Weatherman hizo estallar una bomba en el Capitolio. El hecho ocurrió en marzo de 1971 como protesta a la intervención USA en Vietnam.

—No, Cliff. No ha sido el grupo Weatherman. Un boletín de televisión ha comunicado los responsables del reciente atentado. Los vespertinos también lo notifican. «Vietnam Rojo» se ha hecho responsable en nota enviada a la Prensa. No ha sido su única hazaña. Esta mañana, en San Francisco, han volado una oficina de reclutamiento. También obra de «Vietnam Rojo».

* * *

Cliff Dugan abandonó el apartamento de su bella vecina.

Su conversación con Stella, pese a las discrepancias, era agradable. La muchacha tenía la cabeza llena de pájaros. Creía en un mundo en que fuera posible la paz. Y aquello era una utopía.

Las alarmantes noticias de los atentados de «Vietnam Rojo» exigían una rápida acción. Todo malestar físico parecía haber desaparecido del agente del FBI. Estaba dispuesto a contraatacar.

Conocía al enemigo.

Afortunadamente nadie le había visto salir, en pijama, del

domicilio de Stella. Los comentarios no hubieran sido favorables para la muchacha.

Dugan, una vez en su apartamento, llamó a recepción para que le subieran el paquete enviado el día anterior desde los almacenes donde realizó la compra de ropa. También solicitó los diarios vespertinos de San Francisco.

El conserje cumplió las órdenes con prontitud.

Minutos más tarde, Dugan consultaba los periódicos. Grandes titulares para el atentado en el Pentágono y en la oficina de reclutamiento de San Francisco. También se reproducía la nota enviada por «Vietnam Rojo» a los diarios de mayor circulación. Con la amenaza de proseguir los atentados mientras no se cesara la lucha en Vietnam. Otra noticia, importante y sin el sensacionalismo de las dos primeras, aparecía en un pequeño recuadro. El robo a una furgoneta federal con un botín de más de cuatrocientos mil dólares. Acontecido en San Francisco. El *modus operandi* parecía delatar a «Vietnam Rojo».

Sin embargo, la organización silenciaba su fechoría.

Sólo publicidad para los sabotajes y actos terroristas.

Cliff Dugan se vistió con rapidez. Sus objetos personales fueron repartidos por los bolsillos. También se ajustó la funda sobaquera con el «Smith & Wesson». Acto seguido se encaminó hacia el teléfono situado sobre la mesa de noche. Disco el número correspondiente al Federal Bureau of Investigation en San Francisco.

La lucha contra «Vietnam Rojo» empezaba.

* * *

El «Chevrolet» conducido por Dugan recorrió la Rayn Avenue para luego desviarse hacia Wrens Street. La marcha del vehículo subordinada al intenso tráfico. La larga calle de San Francisco estaba plagada de comercios dedicados a lavanderías y alguna modesta *steak house* para alimentar a los trabajadores.

El G-men buscaba el 1.430 de Wrens Street.

El domicilio de Joan Finch.

Le había sido proporcionado por el departamento del FBI. Sus compañeros, algunos de ellos viejos amigos, le ofrecieron su ayuda. Desconocían la misión de Dugan en San Francisco. Tan sólo el SAC

estaba al corriente.

Rechazó por el momento la ayuda brindada.

Actuaría solo.

Una vez desenmascarado «Vietnam Rojo» sí acudiría al departamento. Entonces entraría en acción todo el poder del FBI aniquilando a la temida organización. Exterminando hasta el último de sus miembros.

Llegó ante el 1.430.

Un edificio oscuro por el humo de las fábricas cercanas.

Cliff Dugan logró estacionar el auto frente a la misma entrada. Descendió consultando la esfera del reloj,

Joan se estaría preparando para acudir a su trabajo en el Spider.

Era una buena hora para localizarla en casa. Mantener con ella una larga conversación. Sin las contemplaciones de la primera entrevista. Fue Joan quien le envió los melenudos.

Dugan penetró en el edificio.

Joan habitaba en un cuarto piso, sin embargo, el agente del FBI no utilizó el ascensor. Desconfiaba de los elevadores viejos y desconocidos. Recordó a Donald, compañero de Nueva York, acibillado a balazos en el interior de la cabina de un ascensor. Era como una ratonera. Otro agente vio misteriosamente cortados los cables precipitándose al vacío.

Aquello no le ocurriría a Dugan.

Desconfiaba hasta de su sombra.

A mitad de la escalera hizo una breve pausa para encender un cigarrillo. Dejó que humeara en sus labios prosiguiendo el ascenso. Llegó a la cuarta planta.

Una sola puerta.

Entreabierta.

Aquel detalle hizo extremar las precauciones de Dugan. Su diestra se apoderó del revólver. Empujó con suavidad la hoja de madera. Los goznes, mal engrasados, emitieron, un penetrante chirrido.

El G-men se inmovilizó unos segundos bajo el umbral. En espera de que alguien acudiera a su encuentro.

Aprisionó con más fuerza el revólver.

Nadie.

En el apartamento de Joan reinaba un absoluto silencio. El living y el corredor en penumbras. De una de las habitaciones situadas al fondo del pasillo escapaba un manantial de luz.

Dugan avanzó hacia allí.

Lentamente.

La habitación correspondía al dormitorio. La cama en desorden. Muebles de poca calidad. Un televisor portátil. Infinidad de frascos de perfume y cremas de belleza sobre el mueble-tocador. Una media de nylon sobre la alfombra...

Ni rastro de Joan.

Cliff Dugan se adentró en la habitación. Su primera acción fue echar un vistazo al cuarto de aseo contiguo.

Luego se dedicó a registrar los cajones del tocador y de la mesa de noche.

Superficialmente.

Se dirigió al descomunal armario que cubría una de las paredes.

Al abrirlo le esperaba una macabra sorpresa.

Joan estaba allí.

Semiencorvada.

Con una media de nylon anudada a su cuello. Los ojos desorbitados, la boca entreabierta...

Cayó sobre Dugan. Este, instintivamente, detuvo el cadáver.

En ese preciso momento dos individuos penetraron en la habitación. Empuñando sendas pistolas con tubo silenciador enroscado al cañón.

Los dos individuos dispararon al unísono sobre Cliff Dugan.

El espía alemán Fritz Duquesne, junto con otros treinta y dos individuos, fue capturado e inculcado de espionaje.

Gerald Bishop, jefe de un grupo terrorista que proyectaba destruir al Gobierno e implantar el caos en el país, fue detenido y su temida organización aniquilada.

En la década de la posguerra miles de casos de espionaje y sabotaje fueron solucionados por el FBI.

CAPÍTULO VII

No podía hacer otra cosa.

El agente del FBI sostenía el inerte cuerpo de Joan. Su diestra continuaba empuñando el reglamentario revólver del 38. La presencia de aquellos dos individuos armados le hizo reaccionar a la desesperada.

Percibió los impactos a través del cuerpo de la infortunada mujer.

Como dos taponazos.

Los disparos habían sido amortiguados por el tubo silenciador.

Joan recibió los balazos en el pecho. El *deshabillé* azul, su única prenda, se tiñó de rojo.

El brazo izquierdo de Cliff Dugan abarcaba el cadáver. Disparó fríamente. Sin piedad. No podía dar oportunidad a que los dos individuos utilizaran por segunda vez sus armas.

Los disparos del G-men sí atronaron la estancia.

Los resultados también fueron contundentes.

Uno de los individuos recibió el proyectil en la frente. La violencia del impacto le proyectó contra el marco de la puerta para luego desplomarse de bruces. Su compañero sintió un seco golpe en la garganta. El temor a la muerte le hizo gritar sin embargo, no brotó ningún sonido. Un manantial de sangre taponó su boca. Sus engarfiados dedos soltaron la «Super-Star». Una fracción de segundo después caía sin vida. Con un negruzco boquete en su garganta.

Dugan quedó unos instantes inmóvil.

Con la mirada fija en los dos caídos. Ninguno de ellos le

molestaría. Habían cruzado las fronteras del Más Allá.

El hombre del FBI depositó con suavidad el cuerpo de Joan sobre la alfombra. La sangre que manaba de su seno izquierdo manchó la chaqueta de Dugan.

—Lo lamento, Joan...

Cerró con piadosa mano los desorbitados ojos de la mujer. La macabra palidez y frialdad de su rostro delataba que había sido estrangulada horas atrás.

Cliff Dugan abandonó la habitación.

Se dedicó a abrir todas las puertas del corredor hasta dar con el salón. Pulsó el mando de la luz. Sobre una de las mesas un cenicero repleto de colillas y una botella de brandy casi vacía. No había duda de que los dos individuos, tras asesinar a Joan, quedaron a la espera del agente del FBI. Seguros de que acudiría a interrogar a la mujer.

Dugan volvió al dormitorio para registrar los bolsillos de los dos hombres. Algunos dólares, una cajetilla de cigarrillos con filtro, un programa de mano con los resultados de las carreras, un encendedor... Ninguna documentación. Ni un solo papel relacionado con la identidad de los individuos.

Cliff Dugan atrapó el teléfono situado sobre la mesa de noche. Disco un número en el dial.

—Dugan al habla. Dame comunicación con el inspector McGowen.

A los pocos segundos llegó una ronca voz a través del micro.

—¿Qué hay, Dugan? ¿Alguna novedad?

—Sí, señor. Me encuentro en el domicilio de Joan Finch.

—¿No la ha localizado?

Los ojos de Dugan se posaron instintivamente en el cadáver de la mujer. En aquella fina media que atenazaba brutalmente su frágil cuello. En el desencajado rostro que reflejaba una mueca de terror no borrada por la muerte...

—Está aquí, señor. Muerta. La han estrangulado. Sus asesinos intentaron acabar conmigo.

—¿Cuántos eran?

—Dos.

—¿Muertos?

—Sí, señor. Fui obligado a disparar a matar. Quiero un informe de los dos individuos y un intenso registro al apartamento de Joan.

—Puede contar con él. Mañana lo recibirá. Dijo hospedarse en el 730 de Flood Street, ¿verdad?

—Correcto.

—¿Necesita algo más? Edgar Hoover me comunicó que le suministrara todo cuanto solicitara y...

—No señor. Nada más —interrumpió Dugan con suavidad—. Sólo advertirle de que Joan murió estrangulada. Las dos balas que encontrarán en su cuerpo se produjeron al disparar sobre mí los dos individuos.

—Comprendo. Suerte, Dugan.

—Gracias, señor.

Cliff Dugan colgó el auricular.

Admiraba al inspector McGowen. Un agente del FBI Con glorioso y amplio historial avalado por más de veinte años de servicio. Y, sin embargo, acataba con férrea disciplina las instrucciones de Hoover. Sin importarle verse circunstancialmente subordinado a Dugan. El poder del Federal Bureau of Investigation descansaba en aquellos hombres cuyas principales virtudes eran el valor y la disciplina. Su director, John Edgar Hoover, les servía de ejemplo. Les hacía superarse día a día en el cumplimiento del deber.

Por amargo que fuera.

Cliff Dugan sospechaba que su misión iba a ser dura y amarga.

Muy amarga...

El agente del FBI abandonó el domicilio de la infortunada Joan Finch.

Inspiró profundamente antes de introducirse en el «Chevrolet». La fría humedad de la incipiente noche le reanimó. Despejó de su mente los blandos sentimentalismos.

Tenía una misión que cumplir.

Lo demás no importaba.

El coche enfiló hacia barrio Lansin.

* * *

Las callejuelas del East River neoyorquino parecían haber sido trasladadas a San Francisco. En aquel sórdido ambiente nació Cliff

Dugan. Allí transcurrió su infancia. Rodeado de miseria.

No.

Nada parecía haber cambiado.

El 110 de Devon Road había acrecentado la suciedad de su fachada hasta adquirir un tono negruzco.

¿Continuarían los mismos vecinos que en su infancia?

Dugan sonrió duramente arrojando el cigarrillo.

Salió del 110 de Devon Road a la edad de quince años. Jamás quiso rememorar el pasado, aunque nunca llegó a olvidarlo. Su triste infancia le dio fuerzas para luchar y abrirse camino. Lo había conseguido.

Ahora volvía allí.

Muy a pesar suyo.

Las casas de Devon Road se alineaban desordenadamente. Separadas por las rejas de la escalinata que conducía a la puerta de la fachada. La mayoría de una o dos plantas. *Bungalows* para los fracasados.

Cliff Dugan subió la escalera de la casa contigua al 110.

Su mano derecha tembló imperceptiblemente al pulsar el llamador. Los breves segundos de espera le parecieron eternos.

La puerta se abrió.

La mujer que apareció bajo el umbral entornó sus grandes ojos. Negros como el azabache. Su edad frisaba en los veinticinco años. Rostro de serena belleza acentuada por la sempiterna tristeza que se reflejaba en aquellos negros ojos. Su cuerpo, que parecía haber llegado al cénit de perfección, era modelado por un minivestido de cuadrado escote y talle imperio. El nacimiento de sus prominentes y firmes senos quedaba al descubierto.

Dugan esbozó una sonrisa.

—Hola, Susan.

La mujer abaniquó repetidamente sus largas pestañas.

—Creo que...

—¿No me reconoces, Susan? ¿Tanto he cambiado?

—No..., no es posible... ¡Cliff!... ¿Eres tú?... ¡Oh, Cliff! ¡Cliff!...

Instintivamente la mujer rodeó con sus brazos el cuello de Dugan. Este correspondió al abrazo.

Los ojos de la mujer se nublaron.

Retrocedió unos pasos.

—Dios mío... Cuanto tiempo, Cliff...

—Sí. Muchos años, Susan.

—Entra...

El agente del FBI penetró en la casa. No pudo evitar una leve mueca de estupor en su rostro. La decoración interior no era tal como él la recordaba. El living era acogedor y lujosamente amueblado. También el salón, casi totalmente cubierto por una alfombra, contaba con muebles de primera calidad. Objetos de arte, cuadros... Toda una decoración y lujo poco acorde para una casa de barrio Lansin.

—¿Sorprendido, Cliff?

—Pues... sí.

—¿Por qué? Tú has prosperado, Cliff. ¿Por qué no nosotros?

Dugan forzó una sonrisa.

—Tienes razón. Perdona.

Susan se colgó del brazo derecho del G-men.

Penetraron en el salón.

—No debes disculparte. Continuamos en barrio Lansin. En el estercolero, pero al menos hemos mejorado el interior de la ratonera. Han sido años muy duros, Cliff. Mis padres murieron al poco de marcharte tú. Fui internada en un reformatorio por robar unas manzanas. Mi hermano Frank pasó tres años en prisión por atraco a mano armada. No somos dignos de la amistad de un agente del Federal Bureau of Investigation.

—No digas tonterías, Susan. Yo os continuo apreciando. Hemos compartido la infancia juntos, la miseria, el hambre... Eso no se olvida con facilidad.

—Todo ha cambiado, Cliff. Frank y yo tenemos un buen empleo. Muy bien pagado. También nos alegra tu prosperidad. Conocemos por la Prensa tus triunfos en el FBI. Eres uno de los mejores agentes y...

—¿Dónde está Frank?

—¿Mi hermano? Supongo que en el Taurus. Una *discothèque* enclavada en esta misma calle. Suele ir allí después del trabajo. Se alegrará de verte, Cliff.

—Ya me vio ayer noche.

Susan entreabrió los labios perpleja.

—¿Ayer? No me dijo nada...

—¿Dónde trabaja Frank? —preguntó Dugan ignorando deliberadamente el estupor de la mujer.

—En la Dickinson Electric. Fue contratado hace un par de años ganándose el aprecio de sus superiores. Fue Frank quien me consiguió a mí el empleo. Soy una de las secretarias del propio Lee Dickinson.

La Dickinson Electric era una importante empresa. Una de las mejores de los EE. UU. Rivalizando incluso con la poderosa Western Electric. La oficina central tenía su sede en San Francisco, pero contaba con delegaciones en Nueva York, Chicago, Los Ángeles..., en todas las ciudades importantes. Lee Dickinson, héroe de la Segunda Guerra Mundial, era individuo de cuantiosa fortuna. Conocido y admirado en toda California.

—Debo hablar con Frank.

—¿Por qué no le esperas aquí, Cliff? No tardará. Podemos tomar unas copas, recordar viejos tiempos...

Recordar viejos tiempos...

Una banda de chiquillos capitaneada por Cliff Dugan. Frank Smight su lugarteniente. Y Susan... Susan era su novia en aquellos juegos infantiles. A los quince años, cuando abandonó barrio Lansin, prometió volver. Rescatarla de la miseria.

No lo hizo.

Faltó a su palabra.

Tuvo miedo de regresar a barrio Lansin. Fue cobarde. El fantasma del tiempo borra con facilidad los recuerdos. Siempre pensó en Susan como la chiquilla de grandes ojos negros que jugaba a ser su novia.

Un simple e inocente juego.

La chiquilla era ahora una mujer.

El agente del FBI desvió los ojos de Susan. Incapaz de seguir soportando su mirada.

—Prefiero ir al encuentro de Frank.

—Como quieras. ¿Volverás?

Dugan sintió un nudo en la garganta.

Afirmó con leve movimiento de cabeza. Fue de nuevo hacia el

living. Sin cruzar ninguna otra palabra con Susan abandonó la casa.
Sus manos buscaron nerviosamente un cigarrillo.
Caminó por Devon Road hasta divisar el club Taurus.
Allí encontraría a Frank Smight. El hermano de Susan.
Sus amigos de la infancia.

«Llegará un momento en que vuestros sentimientos se interpongan al cumplimiento del deber. Entonces apretad con fuerza las mandíbulas. Y actúa. Actúa sin piedad.»

Aquellas palabras fueron pronunciadas por su instructor en una de las clases teóricas de la academia de Quantico.

Cliff Dugan las recordaba al pie de la letra.

Llegó ante el Taurus.

El agente del FBI penetró en el local.

Dispuesto a actuar.

Sin piedad.

Año 1957.

Conferencia cumbre de la Mafia en Apalachin (Nueva York). Los agentes del FBI logran detener a cincuenta y cuatro mandatarios del Sindicato del Crimen.

Años más tarde, hombres del FBI introducidos en las filas de la Cosa Nostra, diezmaban el poder de la Mafia originando luchas entre bandas rivales.

CAPÍTULO VIII

CLUB para gente joven.

Discothèque.

Así se denominaba a los antros malolientes donde imperaba el vicio y la depravación. El Taurus era un tugurio como los demás. Música estridente. Luces sicológicas. Grandes posters. Cargada atmósfera de fumadores de «hierbas». Chicas minifalderas y melenudos que pregonaban su falsa condición de hippies... Una *gogo-girl* con ceñido *pullover* e inexistente *short* danzaba procaz en la jaula.

Nauseabundo.

Cliff Dugan sonrió duramente.

Aquella era la juventud de San Francisco. Igual a la de Nueva York, Los Ángeles, Chicago... Alta o baja sociedad. Sólo cambiaba el decorado. Más lujo en los tugurios de Nob Hill. Pero el mismo fondo.

Repugnante.

El Back off Boogaloo de Ringo Star sonaba ensordecedor.

El local era amplio. Pista cuadrada formada por luminosos rectángulos produciendo intermitencias. Largo mostrador sinusoidal. Al fondo una hilera de sofás separados entre sí por llamativos biombos.

En uno de aquellos apartados discretos vio a Frank Smight. Su rubia cabellera destacaba poderosamente. No estaba solo. Una muchacha de pecoso rostro se apretujaba a él. Lucía un sucinto y atrevido blusón en *voile* que permitía admirar en su totalidad la perfección de sus mórbidos muslos. También estaba allí Paul.

Besando muy apasionadamente a una pelirroja de plateados *microshort*. La chica no le hacía ascos. Debía tener buen estómago.

Fue Paul quien se percató de la proximidad del agente del FBI. Se incorporó veloz interrumpiendo sus caricias a la pelirroja. El enfermizo rostro de Paul palideció adquiriendo tonalidades cadavéricas. Llevó su diestra al bolsillo trasero del pantalón tejano con intención de sacar su navaja.

—Quieto Paul.

Frank Smight le dio la orden. También descubrió la presencia de Dugan, pero no se inmutó.

—¡Maldita sea, Frank!... Ese hombre es...

—Lo sé, Paul. Cierra el pico.

Cliff Dugan llegó ante ellos. Frente al rojo sofá una pequeña mesa con varios vasos. Frank Smight atrapó uno de ellos bebiendo pausadamente. Con indiferencia. Luego sus azules ojos se enfrentaron a los del G-men.

—Hola, Cliff.

—Hola, Frank.

Mantuvieron la mirada unos segundos.

Fijamente.

En el añinado rostro de Smight se dibujó una sonrisa,

—Te esperaba. Has ido a casa, ¿verdad?

—Sí. Susan me dijo dónde encontrarte.

Frank Smight se incorporó del sofá apartando rudamente a la muchacha pecosa. Pasó el brazo derecho por los hombros de Dugan.

—Vamos a un lugar tranquilo, Cliff. Tenemos mucho de que hablar.

Paul también hizo ademán de seguirles.

—No te he llamado, Paul. Quédate donde estás —dijo Smight sin dignarse a girar la cabeza. Luego añadió a Dugan—: Debes disculparle, Cliff. Paul Jeffries es un individuo muy nervioso.

—Lo he comprobado viéndole manejar la cadena.

Frank Smight rio alegremente.

—No le guardes rencor, Cliff. Lo del otro día fue un lamentable accidente. Una desagradable equivocación.

Smight condujo al agente del FBI hacia una puerta Situada

próxima a uno de los extremos del mostrador. El indicador de dirección no pareció importarle. Abrió la puerta.

La estancia resultó ser un reducido despacho. Una mesa, dos butacones de armazón metálico matizados en *skay* y un archivador era todo el mobiliario de la habitación.

Un individuo de ganchuda nariz estaba acomodado tras la mesa escritorio. Se incorporó ante la llegada de los dos hombres.

—Date una vuelta por la sala, Blake —dijo Smight.

El hombre obedeció al momento.

Sin protestar.

Abandonó el despacho tras dirigir a Dugan una inquisitiva mirada.

—¿Eres el propietario, Frank? —interrogó Dugan, burlón.

—¡Oh, no!... Ese que se ha marchado es el dueño. Blake Green. Me cede su despacho en prueba de amistad. Es un buen fulano. Siéntate, Cliff. ¿Qué es de tu vida, compañero?

Dugan se acomodó en uno de los sillones. Smight lo hizo tras la mesa. Alargó al G-men una cajetilla de cigarrillos turcos.

—Creo que ya conoces mi vida, Frank.

—Tan sólo por las noticias esporádicas de los diarios neoyorquinos. Cliff Dugan, el más brillante agente del Federal Bureau of Investigation. Fiel sabueso de Hoover. ¿Recuerdas los viejos tiempos, Cliff? En nuestros juegos infantiles tú eras el gángster y yo el defensor de la ley, Tiene gracia...

—Hemos cambiado los bandos, ¿verdad, lugarteniente?

Frank Smight entornó sus azules ojos.

Sonrió nostálgico.

—Qué tiempos aquéllos... Nuestro grupo era el terror de barrio Lansin. Tú el jefe y yo el lugarteniente. Te admiraba, Cliff. Eras como un dios para mí. También para Susan. Cuando le anuncié tu presencia en San Francisco comenzó a llorar. Pobre hermanita... Durante años esperó tu regreso. Anhelante. Creyó firmemente en tu promesa de sacarla de aquí.

—Eran juegos infantiles, Frank. Tú mismo lo has dicho.

—Seguro. No te culpo. El que abandona barrio Lansin jamás regresa. Prefiere la muerte a volver derrotado. Tú has triunfado, Cliff. ¿Por qué regresar al fango? El gran Edgar Hoover, modelo de

rectitud, se avergonzaría de que su mejor agente se codeara con los miserables de barrio Lansin.

—Tú también has prosperado, Frank. He visto tu casa. Muy distinta a la de antaño. Tienes un buen empleo. La Dickinson Electric es una importante empresa. ¿No es cierto?

Un fugaz destello pasó por los ojos de Smight. Forzó una sonrisa.

—Sí. Soy un tipo de suerte. Cuando internaron a Susan en un reformatorio necesitaba cien dólares para poder sacarla de allí. Un tipo del reformatorio se comprometía a sacarla mediante el pago de esa cantidad. Robé para conseguirla. Me descubrieron a los pocos meses y pagué con tres años en prisión. Sí, infiernos. Soy un fulano de suerte. Al igual que tú, Cliff. Es un orgullo saber que barrio Lansin produce algo más que basura. Te tenemos a ti, Cliff. ¡Al gran agente del Federal Bureau of Investigation!

El hiriente sarcasmo de Smight no afectó al G-men. Dugan succionó el cigarrillo sin apartar la mirada de su interlocutor.

—Estamos demorando el tema principal de la entrevista, Frank. Tú sabes por qué estoy aquí. Tengo una misión que cumplir. Acabar con «Vietnam Rojo».

—¿«Vietnam Rojo»?... ¡Ah, sí! He oído hablar de esa organización. La de la bomba en el Pentágono, ¿no?

—Y la del asalto a una furgoneta de un Banco federal. Ambos delitos perseguidos por el FBI.

La sonrisa se borró paulatinamente del rostro de Smight.

—¿Qué quieres, Cliff?

—Ya te lo he dicho. Acabar con «Vietnam Rojo», Joan Finch pertenecía a la organización. Ella misma lo confesó antes de enviarme a los melenudos motorizados. Tú presencia en el escenario también te delata como miembro de «Vietnam Rojo».

—Fue mi presencia la que te salvó de una muerte cierta, Cliff. ¿Lo has olvidado? Paul hubiera acabado contigo.

Dugan dio una bocanada al cigarrillo. El azulado humo se deslizó caprichoso por sus inexpresivas facciones. Desvió los ojos de Smight.

—¿Por qué, Frank? ¿Por qué me salvaste la vida?

—No lo sé. Bueno... tal vez fue un momento de debilidad. Fue

una sorpresa verte allí. No lo esperaba. Eres mi amigo, Cliff. No he olvidado los años pasados juntos. Nuestra firme amistad... Te admiraba, Cliff. Siempre te he admirado.

—No has seguido mi camino.

—El destino juega con el hombre, compañero —comentó Smight, reclinándose en el sillón—. No todos hemos nacido con buena estrella. Tú has sido afortunado.

—He luchado para conseguirlo.

—¿Un sermón, Cliff?

—No. Ya es demasiado tarde.

—¿Qué quieres decir?

—Voy a hacerte un gran favor, Frank. Puedes salir bien librado si colaboras conmigo. Sólo tienes que contarme cuanto sepas de «Vietnam Rojo». ¿Desde cuándo estás a las órdenes de la organización? ¿Quién la dirige?

Smight comenzó a reír.

—No soy un traidor, Cliff. Conservo tus enseñanzas. De cuando eras el jefe del grupo. El más temido de barrio Lansin. ¡Ah, infiernos...! Cómo te admiraba, compañero. Tu consejo era el ser siempre fieles a la amistad y a los superiores. Servir bien, sin traiciones, aunque se tratara, del mismísimo Satán. No soy un traidor y, en recuerdo a nuestra vieja amistad te salvé la vida. Pagando un alto precio, Cliff. Por salvarte a ti condené irremisiblemente a la pobre Joan. Era preciso cerrar su boca. Impedir que la interrogaras de nuevo. ¿Te das cuenta? Lo sencillo y prudente hubiera sido eliminarte a ti, pero no lo hice.

—Un momento de debilidad.

—Eso es.

—Del que no has tardado en arrepentirte —sonrió fríamente Dugan—. Tus dos asesinos han muerto, Frank. Me atacaron y pagaron con la vida.

Smight parpadeó repetidamente.

Su estupor parecía real.

—¿Te refieres a los dos hombres que envié contra Joan?

—Ahí. Me estaban esperando.

—Mi orden fue liquidar a Joan. Sabía que volverías a interrogarla, pero juro que no deseaba tu muerte, Cliff. No la

ordené. Aquellos dos estúpidos actuaron sin mi consentimiento.

El hombre del FBI se encogió despreocupadamente de hombros.

—El detalle carece de importancia, Frank. El crimen ha sido castigado. ¿Aceptas mi ofrecimiento?

—¿Traicionar a «Vietnam Rojo»?

—Sí. ¿Qué decides?

—No puedo hacerlo, Cliff.

Dugan se incorporó.

Su rostro reflejó amarga mueca.

—Lo lamento, Frank. Tampoco yo he olvidado nuestra amistad. Merced a ella no he ordenado al FBI tu detención. Quería darte una última oportunidad. La has rechazado.

—¿De qué me ibas a acusar? No tienes pruebas, Cliff. Nada he hecho. Mi único delito fue perdonarte la vida. Te daré un consejo. Pide a tus superiores que te retiren del caso. De lo contrario...

El G-men sonrió despectivo.

—¿Qué ocurrirá, Frank?

—Yo no soy el jefe supremo de «Vietnam Rojo». Se ordenará tu muerte, Cliff. Te matarán y no podré evitarlo. Tal vez sea yo el encargado de apoyar el cañón de una pistola en tu sien. No me obligues a ello.

—Celebro que las cartas queden boca arriba. Ambos hemos descubierto nuestro juego, Frank. El salvarme la vida en el callejón del Spider queda compensado con dejarte ahora en libertad. Tienes tiempo para rectificar. Muy poco. Nuestro próximo encuentro resultará fatal para ti.

—¿Piensas luchar contra «Vietnam Rojo»?

—Por supuesto. Hasta exterminar la organización.

—Entonces estás sentenciado, Cliff. No nos volveremos a ver... No habrá próximo encuentro, compañero.

* * *

La *gogo-girl* de la jaula, sin duda entusiasmada por una ración extra de LSD, coreaba con sus berridos estridentes el *single* de América. Su euforia la impulsó a despojarse del ceñido *pullover*. El gratuito *stripoteo* fue muy celebrado por la concurrencia.

El Taurus estaba en pleno apogeo.

Melenudos y minifalderas confraternizaban en agradable

promiscuidad.

Toda una delicia.

Cliff Dugan, tras abandonar el despacho concluida su conversación con Smight, dirigió una circular mirada por la sala.

Resultaba imposible localizar a Paul Jeffries entre aquella ingente masa. La escasa luminosidad del salón también lo impedía.

El agente del FBI se encaminó hacia la salida.

Respiró con fuerza.

Fuera de aquel antro.

Recorrió de nuevo Devon Road en dirección a la casa de los hermanos Smight. Frente a la fachada estaba estacionado su «Chevrolet».

Cliff Dugan abría la portezuela del auto cuando descubrió una pequeña tira de cinta aislante en el bordillo de la acera.

Reaccionó con pasmoso alarde de reflejos.

De ágil salto se arrojó al suelo dando varias vueltas sobre sí mismo. Apenas entrar en contacto con el suelo se produjo la violenta explosión que atronó Devon Road.

El «Chevrolet» se elevó levemente en el aire. Envuelto en llamas. Las dos portezuelas proyectadas a varias yardas de distancia.

El sagaz instinto de Cliff Dugan le había salvado de una muerte cierta. Por el trozo de cinta aislante sospechó que había sido colocado un artefacto explosivo en el auto.

Se oyeron gritos femeninos.

El agente del FBI se incorporó. Milagrosamente no había sufrido daño alguno. En una de las esquinas vio a Paul Jeffries. Este, al verse descubierto, inició la huida.

Dugan fue tras él.

El joven melenudo dobló por una de las bocacalles.

El G-men llegó a la esquina. Allí le esperaba Paul Jeffries. Con una navaja de afilada hoja en su diestra. El truco no sorprendió a Dugan. Esquivó con facilidad el cuchillo a la vez que lanzaba su zurda al estómago de Paul.

El melenudo boqueó lívido.

Dugan le aplicó un segundo golpe en la nuca. Paul Jeffries, para no caer, se aferró a la cintura del agente.

En ese preciso momento cruzó veloz un coche por Devon Road. Al llegar a la altura de la bocacalle uno de los ocupantes asomó por la ventanilla el cañón de una ametralladora «Browning».

Cliff Dugan, aunque dificultado por Paul, se arrojó al suelo.

La ametralladora escupió plomo en mortífera ráfaga. El cuerpo de Paul Jeffries inició una macabra danza. Materialmente cosido a balazos.

El coche, un viejo «Pontiac» negro, prosiguió veloz su carrera. Sin detenerse a comprobar los resultados del atentado.

El cuerpo de Paul Jeffries yacía sobre el agente del FBI. Manchándole con su sangre.

Nuevos gritos femeninos sonaron en Devon Road.

Cliff Dugan se incorporó.

Por dos veces había salvado la vida milagrosamente.

También por segunda vez un importante testigo cerraba su boca para siempre.

Joan y Paul.

Ninguno de ellos delataría a «Vietnam Rojo».

El Federal Bureau of Investigation, bajo el mandato de Edgar Hoover, consiguió tres grandes logros que le convirtieron en la mejor organización mundial contra el crimen: La creación de un extenso archivo de huellas dactilares, un fabuloso laboratorio técnico y el fundar la Academia Nacional de Policía.

Tres iniciativas de J. Edgar Hoover.

CAPÍTULO IX

CLIFF DUGAN terminaba de afeitarse cuando sonó el timbre de la puerta. Consultó la esfera del reloj. Siete y diez minutos de la mañana. Demasiado temprano para los muchachos del departamento.

El G-men pasó al dormitorio para atrapar la «Smith & Wesson», encaminándose luego hacia el living. Abrió la puerta.

Su madrugador visitante era Arnold Winters. El viejo detective tenía el rostro visiblemente excitado.

—¡Maldita sea, Dugan! ¿Dónde diablos se ha metido? ¡Llevo más de veinticuatro horas tras sus pasos!

El agente del FBI sonrió.

—Adelante, Winters. Ya me ha encontrado.

Arnold Winters penetró en el apartamento arqueando sus pobladas cejas. Le pareció captar ironía en las palabras de Dugan.

Pasaron al salón.

—¿Algo de beber, Winters?

—No. Demasiado temprano.

Dugan cogió una botella de whisky. Fue una de sus primeras adquisiciones en los almacenes. Se sirvió un vaso.

—¿Y bien?

Los ojos de Winters se empequeñecieron.

—Creo que no le agrada mi colaboración, Dugan. ¿Me equivoco? Quiere triunfar solo. Sin mi ayuda. ¿No es cierto?

—No la he rechazado.

—Hoover le dijo que...

—¡Un momento, Winters! Sufre un error. Edgar Hoover no me ordenó nada. Simplemente me aconsejó que acudiera a usted. Un consejo. Sólo eso. Lo he seguido. Usted quiere exterminar a «Vietnam Rojo». No por amistad o admiración hacia Hoover; sino por motivos particulares. Para demostrar a su mujer que no está acabado. Que continúa siendo el gran Arnold Winters. Pregona y se vanagloria de su amistad con Edgar Hoover. ¿Cuánto tiempo hace que no ve al director?

Winters inclinó la cabeza.

Respondió casi sin mover los labios.

—Admiro a Hoover. Todo el pueblo norteamericano le admira. No recuerdo el tiempo que llevo sin verle... El me apreciaba, pero ahí termina toda relación. Me ayudó en mi carrera. Reconozco que hubiera hecho igual con cualquier policía en activo.

—Hoover le considera un buen detective. Eso debería bastarle.

—Quiero sinceramente ayudarle, Dugan. Pagar de alguna forma los infinitos favores que debo a Hoover. Le voy a dar la baza del triunfo y poco importa que mi nombre no figure entre los vencedores. Ya nada me importa.

—¿Ni siquiera Shirley?

Winters fue hacia el mueble-bar.

Ahora sí aceptó tomar un whisky.

—Ha solicitado el divorcio, Dugan. Se marcha de mi lado.

Cliff Dugan sintió compasión por aquel hombre.

Sí, estaba acabado.

Arnold Winters, el famoso detective y policía, vencido por los desprecios de una mujer.

—Lo lamento, Winters.

—Ya no hay solución —Winters vació el vaso de un solo trago—. Centremos nuestra atención en «Vietnam Rojo». Soy portador de dos importantes noticias, Dugan. «Vietnam Rojo» tiene su tapadera en la Dickinson Electric.

El hombre del FBI no alteró ni un solo músculo de sus inexpresivas facciones. Aquello pareció desilusionar a Winters.

—¿No le sorprende?

—¿Cómo lo ha descubierto, Winters? —preguntó Dugan a su vez.

—Yo mismo he llegado a esa conclusión. Llevo mucho tiempo tras las huellas de «Vietnam Rojo». Estudiando sus procedimientos. En los atentados a los aeropuertos siempre había una furgoneta de la Dickinson Electric.

—¿Eso le extraña? Algunas compañías aéreas tienen contratados los servicios técnicos con la Dickinson Electric.

—Lo sé, pero indagando en la vida de Larry Brown he descubierto que trabajó un período de tres meses en la Dickinson Electric. Uno de mis informadores ha logrado averiguar que «Vietnam Rojo» piensa volar un avión donde viaja un alto personaje militar. Ignoro el nombre de la posible víctima, pero le aseguro que la respuesta a todo se encuentra en la Dickinson Electric.

—Creo que me oculta algo, Winters.

El viejo ex policía palideció.

—No le comprendo...

—Por una simple corazonada no me envía a la Dickinson Electric. Hay algo más. ¿No es cierto?

—Sí... Ayer recibí una misteriosa llamada telefónica. Mi comunicante no se dio a conocer ni solicitó nada a cambio de la valiosa información. Dijo que «Vietnam Rojo» se ocultaba en la Dickinson Electric. También me advirtió del próximo atentado a un avión. Ninguna otra explicación.

—¿No sospecha quién pueda ser ese informador?

—No.

—Bien. Investigaré en la Dickinson Electric.

—¿Puedo acompañarle?

—Prefiero ir solo. Gracias por su colaboración, Winters.

Arnold Winters sonrió tristemente. Con cansino andar cruzó el salón en dirección al living.

El agente del FBI le abrió la puerta.

—Adiós, Winters. Le mantendré al corriente de mis pesquisas.

Arnold Winters no contestó.

El G-men cerró nuevamente la puerta. Un instintivo ademán le hizo mover la cabeza de un lado a otro. Había algo en todo aquello que no le gustaba.

La Dickinson Electric.

¿Por qué no?

Frank Smight, declarado abiertamente como miembro de «Vietnam Rojo», trabajaba en la empresa de Lee Dickinson.

El timbre del teléfono interrumpió los pensamientos de Dugan. Fue hacia el supletorio instalado en el salón.

—Dugan al habla.

—Buenos días, madrugador —dijo una jovial voz a través del micro—. Soy Richard. El inspector McGowen me ordenó enviarte unos informes a casa, pero he preferido adelantarte algo.

Dugan sonrió.

Richard Simmons. Agente de su promoción.

—Perfecto, Richard. Eres un tipo de iniciativa.

—Después de leer el boletín cursado por la Metropolitan Police decidí adelantarme. Dos atentados contra nuestro agente Cliff Dugan en las callejuelas del barrio Lansin. ¿Qué diablos hacías por allí, muchacho?

—Los informes, Richard.

—Okay. Los dos asesinos de Joan han resultado ser Tom Albright y Henry Carson. Sin antecedentes penales. Ambos ex combatientes del Vietnam. Sin profesión ni trabajo actual. Su último empleo fue un período de pruebas en la Dickinson Electric. En el apartamento de...

—¿Quieres repetir eso? —dijo Dugan aferrando con fuerza el auricular.

—¿El qué?

—¿Los dos individuos trabajaron para la Dickinson Electric?

—Sí, pero sólo tres meses. Fueron rechazados. En el Apartamento de Joan no se encontró nada de interés. Su cuenta bancaria, bastante elevada para un artista del *strip-tease*, es el único dato de...

—Suficiente, Richard. Hasta pronto.

—¡Cliff!

Dugan colgó el aparato sin responder a la llamada de su compañero.

Ciertamente todo apuntaba a la Dickinson Electric.

El agente del FBI se ajustó la funda sobaquera. Fue al dormitorio en busca de la chaqueta. Minutos más tarde abandonaba

el apartamento. Conocía el domicilio particular de Lee Dickinson. Su casa era popular en San Francisco.

Los ojos de Dugan buscaron a ambos lados de la calle la presencia de un taxi.

Fue entonces cuando sonó la voz a su espalda.

—Hola, G-men.

Stella se había colocado a su lado. Sonriente con su juvenil minivestido. Más bella que nunca.

—Buenos días, Stella. El cielo está nublado, pero tu sola aparición reemplaza con creces al sol.

—Muy galante. Ignoraba esa faceta en los agentes del FBI. Para completarlo debías invitarme a almorzar.

—Con una condición. ¿Tienes coche?

Stella pareció perpleja.

—Sí, pero...

—Entonces en marcha. Primero iremos a realizar una visita. Luego prometo llevarte a Fisherman's Wharf.

El coche de la muchacha resultó ser un Firebird de la «Pontiac». Deportivo. Con asientos de cubo y alto respaldo. Dugan se adelantó a la joven colocándose frente al volante.

Stella hizo un delicioso mohín de disgusto.

—¿No os paga bien el FBI? ¿Ni tan siquiera para tomar un taxi? Mi compañía te importa muy poco. Sólo querías un vehículo. ¿No es cierto?

Dugan sonrió.

Antes de poner en marcha el coche se inclinó besando fugaz los carnosos labios de Stella.

—Tu compañía es maravillosa, Stella.

El coche rugió sobre el asfalto. Abandonó veloz Flood Street. En dirección a la zona residencial de Brosburg Boulevard. Hacia el lujoso *bungalow* de Lee Dickinson.

* * *

El domicilio de Lee Dickinson estaba enclavado en el 1.243 de Owens Road. En la larga avenida plagada de aristocráticos *bungalows*. La casa era de dos plantas, protegida por setos y rodeada de olivos. Una cerca de hierro circundaba el recinto.

Dugan detuvo el coche dos números antes al 1.243.

—Bien, Stella. Vas a ser buena chica y esperarme aquí unos minutos.

—¿Cómo cuántos?

—Pues... si dentro de una hora no he vuelto llama al Federal Bureau of Investigation.

—¿Hablas en serio?

El G-men volvió a inclinarse sobre Stella. Ahora saboreó por más tiempo los gordezuelos labios femeninos. Abandonó el coche tras sonreír animosamente a Stella.

La verja de entrada al *bungalow* de Dickinson aparecía abierta. Un individuo cuidaba el jardín. Aunque le percató de la presencia de Dugan no le hizo el menor laso. Prosiguió con indiferencia su trabajo.

El agente del FBI recorrió el asfaltado sendero que conducía a la casa. Llegaba al amplio porche cuando se abrió la puerta de la mansión. Un hombre de alargado rostro y acentuadas patillas le cortó el paso.

—¿A quién busca?

—Al señor Lee Dickinson.

—¿Ha sido citado? El señor Dickinson no recibe visitas en su domicilio. Puede ir a la Dickinson Electric y esperar a que...

Dugan sacó su credencial colocándola a escasas pulgadas de la nariz del individuo.

Una tenue palidez bañó las facciones del hombre. Sin pronunciar palabra penetró en la casa para reaparecer a los pocos minutos. La expresión de su rostro había cambiado. Sus labios dibujaban una fea mueca semejando una sonrisa.

—Sígame. El señor Dickinson le espera.

Cliff Dugan atravesó parte de la casa hasta ser conducido a un lujoso despacho-biblioteca. Su acompañante se retiró. En la estancia había dos hombres. Uno de ellos era Lee Dickinson. Su rostro había sido reproducido en infinidad de ocasiones por los periódicos. El otro hombre estaba en una silla de ruedas. Parte de su rostro deformado por horribles quemaduras. Estaba ciego. Rígido en la silla de ruedas. Sin mover un solo músculo. Brazos inertes. La mano derecha le había sido amputada.

Dugan se estremeció.

Impresionado por aquel deforme ser.

Lee Dickinson, hombre de canosos cabellos y duras facciones, estaba junto a la silla de ruedas. Se adelantó hacia Dugan.

—¿Agente del FBI? Mi secretario no me ha dicho su nombre.

—Cliff Dugan.

—¿Y bien, señor Dugan? ¿Qué quiere el FBI de mí? Algo muy importante para tener que acudir a mi domicilio. En la Dickinson Electric tengo mi despacho oficial. Ha interrumpido usted la diaria conversación con mi hijo.

Dugan desvió la mirada hacia el hombre inmóvil en la silla de ruedas.

Recordó lo ocurrido con el hijo de Lee Dickinson. Hacía poco más de dos años. En Vietnam Fred Dickinson, hijo del magnate propietario de la Dickinson Electric, horriblemente mutilado. Envuelto en napalm. Bombardeado por sus propios camaradas. Un error de las fuerzas norteamericanas al arrojar bombas sobre una de sus propias unidades.

—Creí que su hijo había muerto, señor Dickinson. Nadie le volvió a ver desde lo..., desde que ocurrió la desgracia.

El rostro de Lee Dickinson, macizo y enérgico, se transfiguró.

—Y lo está. Ciego, sin habla, paralítico, con el rostro deformado... Es un muerto en vida, Dugan. Regresó de Vietnam convertido en un despojo humano. Su propia madre enloqueció al verle. Afortunadamente para ella murió a los pocos meses. Yo he convivido con Fred estos dos años. Hablándole... y sin recibir respuesta. Ahora estaba conversando con él. Es la hora de mi plática diaria con Fred. Sí... está muerto. Fue voluntario a Vietnam. En busca de su desgracia. No la encontró a manos de los norvietnamitas. Sus propios camaradas bombardearon la unidad donde se encontraba Fred. Un error. Sí..., eso fue..., un lamentable error...

—Usted fue soldado destacado en la Segunda Guerra Mundial, Dickinson. Conoce los horrores de una guerra.

—Lo de Vietnam es monstruoso. Absurdo...

Unos sonidos guturales escaparon de la garganta de Fred. Sus ojos, espantosamente en blanco, giraron. Parpadeó repetidamente. El deforme rostro crispado. Parecía querer hablar, pero tan sólo

brotaban rancos estertores.

—Cálmate, hijo... El señor Dugan se marchará pronto. Le molesta la presencia de extraños.

Cliff Dugan se aproximó.

Lentamente.

Con la mirada fija en Fred Dickinson.

—¿Puede oírnos su hijo, señor Dickinson?

—Sí... Sólo oírnos. Nada más puede hacer.

—Recuerdo la desgracia de su hijo. Todos los periódicos del país alabaron su valor. Su entusiasmo. Fred combatió con honor por una causa que consideraba justa. Con orgullo.

—Estaba equivocado.

—¿Se lo ha dicho él, señor Dickinson?

—¡Fred no puede hablar! ¡Le han destrozado!

—Usted le ha destrozado, Dickinson.

El magnate enrojeció.

Boqueó convulsivo mientras sus manos se aferraban a los hombros de Fred Dickinson.

—¿Se ha vuelto loco? ¿Cómo se atreve a hablarme así? Tengo amigos influyentes. Puedo hacer que le expulsen del Federal Bureau of Investigation.

—Lo dudo.

La seguridad del G-men irritó más a Dickinson.

—¿Qué busca aquí? ¿Qué quiere?

—Dudaba de encontrarlo, Dickinson. Me parecía imposible, pero ahora no existe duda alguna. Buscaba a «Vietnam Rojo». Ya le he encontrado. —Cliff Dugan estaba jugando una arriesgada baza. Sin embargo prosiguió—: ¿Cuál era su meta, Dickinson? ¿Destruir el poder de los EE. UU.? ¿Sembrar el terror? Su idea es propia de un demente.

—¡No estoy loco! ¡Yo terminaré con la guerra en Vietnam! ¡Acabaré con...!

Lee Dickinson se interrumpió.

Jadeando con desencajado rostro.

Percatándose de haber hablado demasiado.

—Es usted muy astuto, Dugan.

—Fue un tiro al azar, Dickinson. Mi presencia aquí era sólo para solicitarle información sobre algunos de sus empleados. Larry Brown, Henry Carson, Tom Albright, Frank Smight... Usted mismo se ha descubierto. Ha resultado demasiado sencillo.

—¿Opina eso? «Vietnam Rojo» continuará. Sí. Yo soy el jefe supremo de la organización. Yo acabaré con todo... mi poder es ilimitado. Haré volar la Casa Blanca, el terror imperará en todos los Estados... Se olvidará la guerra de Vietnam para centrar la atención en el propio país, para evitar el caos, la destrucción... Pero no habrá piedad. Continuaré hasta convertirlo todo en cenizas. No quedarán hombres para ser enviados a Vietnam.

Cliff Dugan comprendió que se encontraba frente a un peligroso demente. Un loco. Un psicópata con deseos de destrucción.

—¿Su hijo aprueba esos métodos, Dickinson?

—¿Mi hijo? —repitió Dickinson con desorbitados ojos—. ¡Lo hago por él! ¡Es mi venganza y la suya! Todos los días le comunico las hazañas de «Vietnam Rojo». ¡Es nuestra venganza! El verle así, en su silla de ruedas, día tras día, acrecienta más mi odio contra la humanidad. Yo haré un mundo mejor, pero antes es preciso destruir el actual.

—Su hijo no aprueba esos procedimientos, Dickinson.

—¡Sí! ¡Está conmigo!

Nuevos roncoss sonidos escaparon de la garganta de Fred Dickinson.

—Puedes oírme, ¿verdad, Fred? —interrogó Dugan—. ¿Estás conforme con tu padre? Si tu respuesta es negativa parpadea tres veces.

Los ojos de Fred, en blanco, parecieron querer saltar de las órbitas.

Comenzó a parpadear.

Una.

Dos.

Tres veces.

Lee Dickinson palideció atrapando a su hijo por las solapas. Le zarandeó con brusquedad.

—¡Fred! ¡Lo he hecho por ti! ¡Te han convertido en un monstruo!... ¿No lo comprendes? ¡Es nuestra venganza! Eras mi

hijo. El heredero de la Dickinson Electric. Te han convertido en una piltrafa humana. ¿No lo comprendes, Fred?

—Su hijo luchó por un ideal. Cumpliendo con su deber. Con orgullo y aceptando todas las posibles consecuencias.

—¿No apruebas lo que hago, Fred? —inquirió Dickinson sin hacer caso a las palabras del agente del FBI.

Nuevamente Fred, pálido como un cadáver, comenzó a parpadear. Su deforme rostro desencajado.

Parpadeó tres veces.

Lee Dickinson cayó de rodillas.

Aferrado a las inertes piernas de su hijo.

—¡Fred!... Lo hice por ti... Puedo volver atrás... retroceder... Quiero hacer lo que tú digas..., lo que tú digas...

En ese preciso momento se abrió la puerta del despacho. Los hermanos Smight penetraron en la estancia.

Susan empuñaba una automática «Magnum».

Apuntando a Dugan.

—Lo lamento, Cliff. Has llegado muy lejos —murmuró la mujer con fría voz.

El G-men sonrió tristemente.

—También tú, Susan.

—No pareces muy sorprendido.

—No lo estoy. Frank, en recuerdo a nuestra vieja amistad, me perdonó la vida en el Spider. Tú no estabas conforme y ordenaste a los asesinos de Joan que acabaran también conmigo. Frank mencionó que te había comunicado mi presencia en San Francisco. Tú, sin embargo, demostraste sorpresa al verme. Mientras acudía al Taurus ordenaste colocar un explosivo en mi auto. Sabías que estaba estacionado frente a la casa.

—Cierto, Cliff. Frank fue un estúpido sentimental. ¿Amistad? Tú me abandonaste, Cliff. Te esperé durante años.

—Fue una promesa de chiquillos.

—Te esperé, Cliff. Ahora te odio. Te odio con todas mis fuerzas. «Vietnam Rojo» está integrado por rencorosos. Por enemigos de esta sociedad cruel. Nuestra fuerza está en el odio.

—¿De veras? Os habéis aprovechado de la locura de Dickinson. Este deseaba destruir un gobierno que considera injusto; pero

vosotros, vuestro único objetivo, es el lucro. Robos a Bancos, chantajes... Un espectacular atentado a edificios federales por diez productivos robos. Manejando a vuestro antojo a Lee Dickinson. ¿No es cierto?

Los negros ojos de Susan llamearon.

—Tal vez. Dentro de poco abandonaré barrio Lansin, Cliff. Con una fabulosa fortuna. La central de «Vietnam Rojo» está aquí. En San Francisco. Todo empezó con las dementes ideas de destrucción de Dickinson. Respaldados por su poder se creó la organización. Yo soy el cerebro.

Lee Dickinson se incorporó tembloroso.

—Hay que terminar con «Vietnam Rojo»... Mi hijo... Fred no aprueba lo que hacemos... mi hijo no quiere...

—Cierra la boca, viejo estúpido.

—Mi hijo... Fred... En mi caja fuerte están detalladas las ramificaciones de «Vietnam Rojo» en los distintos Estados. Una amplia relación de todos los implicados. No continuaremos. Mi hijo no quiere que...

Súbitamente la mujer apretó el gatillo.

Lee Dickinson se desplomó con una bala en la frente.

—¡Susan! —Frank Smight, que hasta entonces había permanecido en silencio, se abalanzó sobre su hermana arrebatándole el arma—. ¿Qué has hecho?

—¡Al diablo con él! —respondió Susan fríamente—. Ha llegado el momento, Frank. Tenemos dinero suficiente para largarnos a Europa. También yo estaba cansada de las estúpidas ideas de Dickinson. Atentar contra edificios del Gobierno sólo por complacerle, comunicados a la Prensa para demostrar nuestra disconformidad con la guerra de Vietnam... A nosotros sólo nos interesaba el dinero. Tenemos el suficiente. ¿Para qué seguir con «Vietnam Rojo»? Los verdaderos jefes éramos tú y yo, Frank. Nadie nos conoce. Nadie nos puede acusar...

Roncos sonidos, desgarradores, brotaban del inmóvil Fred Dickinson.

—Dame la pistola, Frank. Es preciso acabar con Cliff. Es el único testigo que puede delatarnos.

Frank Smight retrocedió.

—No... Cliff es nuestro amigo. ¿Lo has olvidado?

—¡Hay que acabar con él!

Susan se precipitó sobre su hermano para apoderarse de la «Magnum».

Sonó un disparo.

Susan abrió la boca. Desmesuradamente. Reflejando en su bello rostro una mueca de estupor. Inclino la cabeza contemplando con desorbitados ojos el negro orificio que floreció bajo su seno izquierdo.

—Susan... yo... yo no quería... Se disparó... ¡Susan!

La mujer trastabilló desplomándose en brazos de su hermano. Sus ojos, aunque abiertos, ya no podías ver.

Cliff Dugan se aproximó.

Lentamente.

—Frank...

—No, no digas nada, Cliff. Tú no lo comprenderías. Susan no era mala. La miseria de barrio Lansin... No, tampoco es disculpa. Yo soy el único culpable por no rectificar a tiempo. Ayer, después de nuestra conversación, telefoneé a Arnold Winters. Un viejo policía que desea terminar con «Vietnam Rojo». Yo también deseaba acabar, pero no así. Pensaba huir con Susan antes que el FBI se lanzara contra la organización. Traicioné a «Vietnam Rojo». Sólo me he mantenido fiel a la amistad. Y mi hermana ha pagado las consecuencias. También yo las pagaré, ¿verdad, Cliff?

Dugan apretó con fuerza las mandíbulas.

Dominando su emoción. Sus sentimientos.

«Sin piedad.»

«Actuar sin piedad.»

«Sin piedad...»

Fred Dickinson continuaba con sus guturales y desgarradores estertores. Impotente a la tragedia desencadenada ante él.

—No podía salir bien, Frank.

Smight abrazó el cadáver de su hermana.

—No... Condenados al fracaso... El destino de los miserables de barrio Lansin. Tú has triunfado, compañero. Has sido fuerte... Siempre te he admirado, Cliff. Siempre...

Dugan inclinó la cabeza.

—Lamento tu desgracia, amigo.

John Edgar Hoover.

Mister FBI.

«El gran G-men.»

«El sheriff número uno de los EE. UU.» Falleció el día 2 de mayo de 1972 en su residencia de Washington.

El Federal Bureau of Investigation queda eternamente de luto.

CAPÍTULO X

—LE felicito, Dugan.

Cliff Dugan contempló fijamente al inspector.

—¿Por qué? El triunfo no ha sido mío. La información de Frank Smight a Winters fue decisiva. Este me la comunicó a mí. ¿Triunfo? No, señor. Nada he hecho. Incluso me encuentro avergonzado de la facilidad del éxito.

—En la caja fuerte de Lee Dickinson hemos encontrado los nombres de todos los implicados. Cada delegación de la Dickinson Electric contaba con un jefe de operaciones. Por eso «Vietnam Rojo» se extendía por todo el país. Frank Smight se ha declarado responsable de toda la organización. Según su versión, Lee Dickinson era manejado como un pelele, trastornado por la desgracia de su hijo... Nuestros agentes proceden a exterminar los tentáculos de «Vietnam Rojo». Caerán sobre ellos por sorpresa. Tenemos todo a nuestro favor. Incluso Frank Smight nos facilita cuanta información deseamos.

Dugan no parecía compartir el entusiasmo de su superior.

El inspector McGowen se percató de ello.

—No siempre resulta agradable el sabor del triunfo, Dugan. Su... amigo tiene a favor el haber denunciado a «Vietnam Rojo» por mediación de Arnold Winters. Aunque... hay algo que no comprendo. Usted habló de una bomba en un avión.

—Eso me dijo Winters. Un atentado a un militar importante y partidario de la lucha en Vietnam.

—Hemos interrogado a Frank Smight. Nada sabe de eso. Aseguró no haber mencionado nada de un atentado aéreo a

Winters.

—Es extraño...

El interfono situado sobre la mesa encendió una luz roja. McGowen pulsó uno de los mandos.

—¿Qué hay?

—Arnold Winters solicita ser recibido, inspector.

McGowen intercambió una mirada con el G-men.

—Bien, Rickles. Hazle pasar.

A los pocos segundos apareció Arnold Winters. Semiencorvado. Con las arrugas acentuadas en su abatido rostro.

Esbozó una sonrisa.

—Quiero ser el primero en felicitarles. El Federal Bureau of Investigation se ha apuntado un notable éxito.

—Usted ha contribuido a ello, Arnold —dijo el inspector McGowen—. Siéntese, por favor. Nuestros agentes ya han recibido órdenes de actuar. Nueva York, Chicago, Los Ángeles, Washington, Dallas, Denver... Tenemos los nombres de todos los miembros de «Vietnam Rojo».

—Lee Dickinson estaba loco, ¿verdad?

—Me temo que sí, Arnold. Su plan, destruir el poder de Estados Unidos y crear un mundo más perfecto, era al menos digno de un loco.

—Todos estamos locos.

McGowen y Dugan contemplaron perplejos al viejo policía.

—¿Por qué dice eso?

Arnold Winters ocultó el rostro entre sus manos. Súbitamente comenzó a sollozar.

—La he matado... he matado a Shirley... la bomba en el avión fue invención mía. No es obra de «Vietnam rojo». Shirley me iba a dejar. En su equipaje coloqué un diminuto explosivo...

Cliff Dugan se incorporó como impulsado por un resorte.

—¿Qué avión pensaba tomar su mujer?

—Iba a dejarme... me abandonaba...

—¡Conteste, Winters! ¿Qué avión?

En ese momento sonaron unos discretos golpes a la puerta del despacho de McGowen. Este dio autorización para entrar. Un individuo joven penetró en la estancia. Tras dirigir a Winters una

extraña mirada se inclinó sobre el inspector murmurando unas palabras en su oído.

También los ojos de McGowen se posaron en Arnold Winters.

—Gracias, Rickles. Puedes retirarte.

Cliff Dugan comprendió que algo había ocurrido. Esperó a que hablara su superior.

—Su mujer no tomó ningún avión, Arnold. El explosivo colocado en su equipaje ha estallado en un *bungalow* de las afueras de San Francisco.

Winters parpadeó anonadado.

—Ella..., ella me dijo que regresaba con sus padres...

—Le engañó. El propietario del bungalow también ha muerto a consecuencia de la explosión.

—Me iba a abandonar... ¡Oh, Dios!... ¿Por qué lo he hecho?... Yo la quería... Dios mío... Toda una vida defendiendo la ley...

McGowen pulsó una de las palancas del interfono. El agente Rickles hizo su aparición. A una indicación del inspector se hizo cargo de Arnold Winters.

Este continuaba llorando como un chiquillo.

Fue sacado del despacho.

—No lo comprendo, Dugan... ¿Puede un hombre como Winters cometer un crimen? ¿En el último tramo de su vida manchar tan glorioso historial?

—El hombre no es perfecto, señor; Frank Smight, todos sus años de vida rodeado del vicio de barrio Lansin, se arrepintió al final. Winters, siempre al lado de la ley, terminó mal por el amor de una mujer. Siempre hay una causa. Un destino.

—Cierto...

Quedaron en silencio.

McGowen, para romperlo, comentó;

—Dentro de una hora espero comunicación con Washington. Edgar Hoover quiere conocer los pormenores de nuestro triunfo. Una vez más el FBI, desarticulando las ramificaciones de «Vietnam Rojo», aumenta su prestigio. Ningún miembro de la organización logrará escapar.

El piloto correspondiente a la línea exterior se iluminó.

El rostro del inspector McGowen se amplió en abierta sonrisa.

Aquella era la comunicación con Washington que esperaba. Antes de lo previsto.

—¡Diablos!... Han sido rápidos.

McGowen atrapó el micro.

—Inspector McGowen.

Paulatinamente su rostro se ensombreció. Palideció entreabriendo los labios, pero incapaz de articular palabra alguna. Escuchando rígido la voz que le llegaba a través del aparato. Minutos más tarde colgaba el micro.

Sin haber pronunciado una sola palabra.

Sus ojos se posaron en Dugan.

—No es día de triunfo para el FBI, Dugan. La llamada era de Washington. No..., no es día de triunfo... John Edgar Hoover ha muerto mientras dormía. El FBI está de luto.

* * *

El aniquilar la poderosa organización «Vietnam Rojo» pasó casi desapercibido ante el luctuoso suceso. La Prensa mundial, junto con el triunfo del Federal Bureau of Investigation, anunciaba la muerte de su director.

Sí.

El FBI quedaba eternamente de luto.

Cliff Dugan había decidido pasar sus días de permiso en San Francisco. En compañía de Stella. Juntos paseaban por Ghirardelli Square. La famosa plaza de San Francisco. Repleta de restaurantes típicos.

Contemplando la bahía.

—¿Cuándo regresas a Nueva York, Cliff?

—Me han dado una semana más de permiso. Ahora me quedan siete días. Permaneceré aquí. Me gusta San Francisco.

—Nueva York también debe ser muy bonita —dijo Stella con intencionada voz—. Me gustaría conocerla.

El G-men abarcó con más fuerza la cimbreante cintura femenina.

Sonrió.

—Puedes venir conmigo.

—¿Hablas en serio, Cliff?

Dugan la besó en la comisura de los labios.

—¿Por qué no? Un agente del FBI debe tener siempre cerca a una linda enfermera. Se reciben muchos golpes.

Stella rio divertida.

Cliff Dugan, seis días más tarde, emprendía su regreso a Nueva York acompañado de Stella.

Nuevamente a las órdenes de su SAC.

Dispuesto a continuar la lucha contra el crimen organizado. Siempre fiel a los principios encarnados por John Edgar Hoover.

Fidelidad.

Bravura.

Integridad.

F I N



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 12 PTAS.

Impreso en España